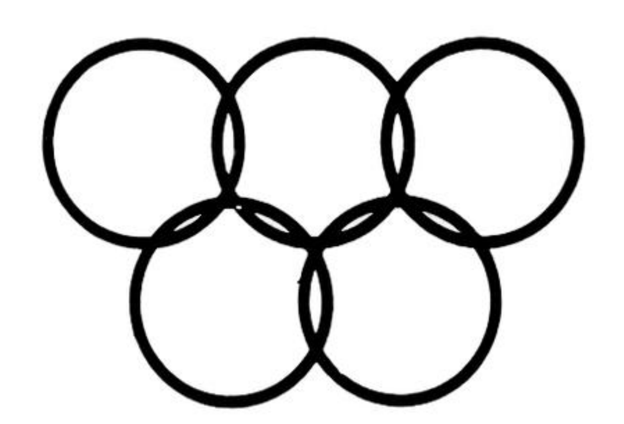


SANGRE, ORO Y ¡GLORIA!



COLECCION
DOBLE JUEGO



LUCKY MARTY

SANGRE, ORO Y ¡GLORIA!

Colección
DOBLE JUEGO n.º 47
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

42— ¡*Ganador!* Alex Simmons

43 — *Ídolo de barro,* Lucky Marty

44 — *Manos vacías,* Lem Ryan

45 — *La apuesta era la vida,* George Sound

46 — *El terror de los estadios,* Joseph Berna.

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 312-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1983
1.ª edición en América: agosto, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1983

La gloria es el sueño de una sombra.
Lamartine

CAPÍTULO PRIMERO

Fue en el quinto toro de la tarde y al entrar a matar, cuando Julio Cárdenas Paredes recibió la cornada en la ingle derecha, en una trayectoria fatalmente ascendente hacia los intestinos del espada, que había tenido el valor de efectuar la suerte recibiendo a la fiera sin moverse para recetarle una estocada de ley.

El estoque penetró en el centro superior de las agujas, en plena cruz y hasta la empuñadura; pero a su vez, aquel bravo y magnifico zaino de quinientos treinta kilos, de la ganadería del conde de Monte-Alto, acertó a hundir su asta en las entrañas del hombre.

Heridos de muerte los dos, por un instante ambos cuerpos se agitaron con la angustia, formando una sola unidad.

Todos los asistentes a la fiesta se levantaron de sus asientos, como impulsados por resortes. Por las barreras y los tendidos corrió el clamor general que adivina la tragedia, viendo con sus cabeceos la fiera lanzaba por encima de sus costillares al matador, que aquella vez también había sido matado.

Julio Cárdenas Paredes quedó sobre la arena hecho un ovillo, sin moverse y tiñéndola de rojo con su sangre, que se le escapaba a borbotones.

Visiblemente alarmados, los subalternos del espada corrieron hacia el centro del ruedo para efectuar los quites oportunos con sus capas extendidas: una segunda embestida sobre aquel cuerpo sí que podría resultar fatal.

Pero no hubo lugar para su intervención. El toro vaciló sobre sus cuartos traseros, quedó sentado y al fin se tendió esperando la muerte.

Sin puntilla, sin necesidad del descabello...

A su vez, antes de que corrieran hacia él las asistencias, el pundonoroso Julio Cárdenas Paredes ya había muerto.

Veinte años de matador de reses bravas terminaban allí, en plena brega... y la gloria conseguida desaparecía con él, dejando la arena manchada de sangre.

* * *

Para Soledad Cárdenas Paredes la noticia de la muerte de su hermano prácticamente también fue como la puntilla.

Como la coronación de todas sus desgracias.

Miró a sus tres hijos y la desconsolada mujer exclamó:

—Ya no me puede Dios enviar ningún castigo más.

El mayor, Raúl, con sus dieciocho años por cumplir, no era hijo del mismo padre que su hermana Inés, de catorce, y la pequeña Marta que recientemente había cumplido los diez. Pero el alto y espigado mocetón, el hombre de la casa desde que había muerto el padre de las niñas, no sabía nada de eso. Raúl siempre había ignorado que su madre le trajo al mundo cuando era soltera.

Cuando el niño no había cumplido los cuatro años, Soledad Cárdenas Paredes tuvo la suerte de enamorar a un hombre bueno y se casaron, dándole al pequeño el apellido que su legítimo padre siempre le había negado. Raúl Sánchez Cárdenas había vivido en la creencia de que su padre siempre había estado a la busca de trabajo por toda Andalucía: a la recogida de la aceituna, a la del maíz, a la del tomate, siguiendo siempre las cosechas por cortijos y haciendas, como tantos otros campesinos andaluces.

Cuando en uno de sus obligados «descansos» el buenazo de Pedro Sánchez se casó con la sufrida Soledad Cárdenas, el pequeño tampoco se enteró: una mañana bajaron los dos a El Real de la Jara y en la pequeña iglesia el párroco les unió en matrimonio, arreglando a la par los papeles para el bautizo del hijo de la campesina: desde aquellas fechas el niño se llamó Raúl Sánchez Cárdenas y todos en paz.

La llegada de Inés aún les hundió más en la miseria, pero en el fondo se sintieron felices. Raulito ya tenía con quién jugar y se mostraba encantado con su hermanita.

Lo malo es que Raulito no podía ir a la escuela.

Como otras familias que vivían en las tierras de don Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, la casucha que habitaban quedaba en pleno campo, casi en la mitad de la inmensa dehesa donde el aristócrata criaba reses bravas, a muchos kilómetros de distancia de El Real de la Jara, región de la provincia de Sevilla limítrofe con Badajoz, donde el pueblo más cercano quedaba a más de diez kilómetros.

La suya era una vida sencilla, pero sana, gracias a que el señor conde de Monte-Alto les permitía cultivar un pequeño huerto, de donde prácticamente sacaban casi todas sus subsistencias. Por supuesto que en aquellos montes e inmensas llanuras les estaba prohibido cazar; pero Pedro Sánchez se las apañaba para llevar a los suyos algo de carne de vez en cuando, en forma de conejos, liebres y otros animales, así como también muy de tarde en tarde, el capataz de la finca y otros empleados les llevaban algunos trozos de los chotos, becerros o novillos que no llegaban a convertirse en toros de lidia y que, por cualquier razón, debían ser sacrificados.

Cuando a Soledad Cárdenas le llegó su tercer hijo, la pequeña Marta, fue recibida en la casucha de barro como una linda muñequita a la que los

cuatro se disputaban. Raúl ya estaba hecho un mocetón, capaz de soportar largas jornadas de trabajo junto a su «padre», que se lo llevaba a múltiples faenas que debían realizar en la gran finca: recogida de la bellota, preparar los piensos para el ganado, vigilar la dehesa, cuidar de los toros y las vacas, etc., etc.

Era el capataz, el señor César Aliaga, quien les asignaba tales faenas.

Y todos ellos siempre a obedecer sumisamente, por supuesto: el señor conde de Monte-Alto les podía echar de sus tierras, en cuanto no se portasen bien, como Dios manda.

El edificio principal de la hacienda, una espaciosa casa con más de cuarenta amplias habitaciones lujosamente amuebladas, construida hacía más de un siglo con mármol blanco y ladrillos rojos por los ricos antepasados aristócratas del señor conde, distaba de su pequeña casa de barro más de dos leguas, y esa era una de las razones por la que pasaban los años y los años sin ver al propietario, ni a nadie de su familia.

A su vez, el señor conde de Monte-Alto debía ignorar que la familia Sánchez vivía de forma tan mísera y primitiva, o bien porque él pasaba largas temporadas en Sevilla o Madrid, o bien porque de todas aquellas cuestiones se cuidaba su capataz César Aliaga, y también de llevar toda la finca su administrador, el omnipotente don Manuel Cruz, un señor abogado que no descendía a tales menudencias.

Tan solo en una ocasión, el buenazo de Pedro Sánchez, y cuando ya empezaba a estar algo enfermo, fue llamado a la gran casa por el señor conde. Vino a buscarle uno de sus caballistas, que cuidaban de apartar los toros bravos, y le anunció:

—Ven conmigo, Pedro. El señor conde quiere hablarte.

Toda la familia Sánchez se asustó. Su medroso instinto campesino les anunciaba que cuando el amo manda a uno de sus empleados para ir a buscar a otro, no puede ser para nada bueno.

Soledad Cárdenas se abrazó a su marido y ansiosamente quiso saber.

—¿Hiciste algo indebido, Pedro?

—¡Nada, mujer! Ya me conoces bien, ¿no?

—Sí pero a veces, los hombres...

Todo se resolvió mucho más felizmente de lo que esperaban. Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, solo quería entregarle una carta de su cuñado, el matador de toros Julio Cárdenas Paredes, quien le había escrito interesándose por su hermana.

Y con la carta, el gran señor le ofreció:

—Ahí tienes unas miles de pesetas, Pedro.

Pedro Sánchez abrió ojos como platos y hasta le volvió la tos que últimamente tanto le molestaba. No llegaba a comprender aquello, hasta que el dueño de la casa le aclaró:

—Me ha enviado ese dinero tu cuñado, hombre. Lo que no sabía es que Julito tuviese por aquí una hermana.

—Sí, señor conde... Es... es mi mujer.

—¿Tenéis hijos?

—Sí, señor conde... Tres... tres: un chico y dos niñas.

—Eso me gusta, Pedro... ¡Hay que hacer patria! Yo también tengo una... ¡Pero me trae de cabeza!

—La... la conozco, señor conde... La... la he visto a veces montar a caballo por la finca.

—¿Y qué te parece, hombre?

—Es... es... una señorita muy... muy bonita, señor. ¡Muy elegante!

—Bien, Pedro: puedes volver con los tuyos. Diré a don Manuel que te presten un caballo.

—No... no se moleste, señor conde: he... he venido y puedo ir andando.

—No seas animal, hombre. Ya lo devolverás cuando pasen los caballistas por allí.

Por primera vez en su vida, sufrida y muy trabajada, Pedro Sánchez pudo montar un brioso caballo que llevaba la marca de la ganadería del señor conde de Monte-Alto. Se sintió como un rey atravesando la planicie y al tener que cruzar por entre el ganado concibió una idea que le hizo sonreír.

Puesto que el hermano de Soledad se había dignado interesarse por ellos, y hasta mandarles tres mí! pesetas por medio del señor conde, a vuelta de correo le pedirían al matador de toros Julio Cárdenas, que le pidiese un gran favor al dueño de la finca: Raúl ya estaba en edad de ser uno de los caballistas que cuidaban el ganado. Así le asignarían al chico un sueldo fijo y todos podrían vivir más desahogados.

Fue el capataz César Aliaga quien le ofreció el empleo al muchacho, que si les reportó un sueldo fijo a la familia Sánchez, más adelante también les reportaría otras complicaciones.

Para empezar Raúl se pasaba a veces semanas sin poder acercarse a ver a los suyos. Tenía que estar casi siempre a caballo y, sobre todo cuando era época de marcar las reses, apartarlas para los tentaderos, e incluso acompañar a los que llevaban los toros de lidia hasta el ramal del ferrocarril a El Real de la Jara, rumbo a Sevilla, Madrid, Valencia o Barcelona, para ganancia y gloria de la divisa de Monte-Alto.

A Raúl le encantaba aquel trabajo, porque desde muy niño, criado en plena naturaleza, le gustaban mucho los animales. Guiándose por su inclinación natural pronto empezó a convertirse en un experto y en las tientas de los becerros llegaría a ser la mano derecha para el capataz, César Aliaga.

—Vales mucho, Raúl —se felicitaba el capataz—. Eres listo y

diligente, muchacho. Llegarás lejos!

En verdad, a lo único que aspiraba el joven era a seguir ayudando a su familia. Inés y Marta empezaban a crecer como jóvenes cigüeñas y su padre, el enfermo Pedro Sánchez, ya no era capaz de mantenerse en pie y trabajar.

Tenían que cuidarle con mucho cuidado y un solo sueldo no llegaba para tanto. La única que se mantenía firme y como siempre, animosa y valiente, hasta de muy buen ver y ciertamente atractiva para su edad, era la madre. Soledad Cárdenas siempre había sido una campesina de buena salud, de carácter firme y alegre, a la que nada rendía.

Incluso cuando perdió al marido, les dijo a sus tres hijos:

—¡Saldremos adelante! Raúl ya es todo un hombre, hijas mías.

Raúl adoraba a su animosa madre. La idolatraba porque conocía de aquella valerosa mujer cosas que ella ignoraba que su hijo sabía...

El tío Julio, siempre que conseguía alguna corrida de toros, les enviaba algún dinero. La verdad era que Julio Cárdenas nunca había sido un gran «fenómeno» en eso de los toros: había tenido que luchar mucho para conseguir que le diesen la alternativa, dejando su juventud en muchas becerradas, fiestas de pueblo como novillero en corridas sin caballos y hasta en «charlotadas», vistiéndose de luces para hacer reír a un público poco entendido, pero deseoso de divertirse.

Solo en los últimos años, ansioso de encontrar un sitio en los carteles de renombre, con coraje y valor, arriesgándolo todo, empezaba a sonar su nombre como matador de reses bravas.

Pero aquella tarde, con una cornada mortal, encontró el fin de su arriesgada vida en la plaza de Sevilla.

Fue cuando Soledad Cárdenas se derrumbó...

CAPÍTULO II

Miró en torno suyo y solo vio miseria.

El fogón de carbón al fondo, con cuatro cacharros para cocinar colgando de la pared sin baldosas, de barro recocido y reseco las cuatro paredes que les albergaban. En cuanto a muebles mejor era no recapitular: todo rústico, de madera, hecho por las manos hábiles y trabajadoras del buen Pedro, que ya descansaba en paz después de su larga enfermedad y haber compartido unos años con ella, dejándole a las dos hijas, Inés y Marta.

Las dos niñas eran el auténtico problema. Por ella, se apañaba con poca cosa: un trozo de pan, unos tomates y aceitunas, y a pasar el día. A sus treinta y seis años ya no le importaba ni su belleza ni su vida propia; desde que aquel canalla la dejó embarazada de Raulito, no había hecho más que venir pagando «el pecado» que cometió con aquel hombre... al que aún, contra su propia voluntad y en el fondo de su corazón, seguía amando.

Pero ese era el gran secreto de Soledad Cárdenas.

Jamás, a nadie —ni a ella misma abiertamente— le había confesado que seguía enamorada del hombre que la había sabido enamorar, deslumbrándola con los únicos instantes de plena felicidad que ha había hecho sentir cuando ella tan solo tenía diecisiete años.

Diecisiete floridas primaveras, llenas de ilusiones y esperanzas.

¡Bien caro había pagado su inexperiencia y error!

Pero, ahora que recapitulaba su amarga existencia, ahora que había perdido al buenazo de Pedro y que le faltaría la ayuda de Julio que había dejado su vida en el redondel de una plaza de toros, ella debía procurar, por todos los medios, que a sus dos hijitas no les pasara lo mismo que a ella.

No hay virtud que la excesiva pobreza no pueda echar a perder.

Soledad Cárdenas no sabía de filosofías. Pero a su manera era consciente de que la excesiva miseria, de cualquier clase que sea, no es la causa de la inmoralidad, pero sí suele ser sus efectos.

Su hija Inés ya empezaba a ser una mocita que, con sus catorce años, podía verse arrastrada a muchas tentaciones, para intentar salir de aquel agujero. En cierta ocasión, una tarde que cosían las dos junto a la puerta de la casucha, mientras Martita correteaba por allí, su hija mayor le había preguntado de pronto:

—Madre... ¿A qué edad se puede casar una mujer?

—No seas boba, Inés. ¡Aún eres muy niña para pensar en esas cosas!

—¿Pero a qué edad, madre?

—Cose y calla —dijo rematando la cuestión.

Pero los problemas no se solucionan porque no se hable de ellos. Quedan ocultos, soterrados, latentes.

Soledad Cárdenas dejó de reflexionar y se puso la mejor ropa que tenía, incluso peinando su larga mata de cabellos negros con más mimo y esmero que otros días. Cuando se miraba al espejo la pequeña Manita quiso saber:

—¿Para quién te has puesto tan guapa, mamita? ¿Es que vamos a recibir una visita?

—Calla, calla, tontita. ¿Desde cuándo recibimos visitas aquí?

—¡Ya sé! —palmeó la niña—. Hoy pasará el capataz y los garrochistas por aquí.

—¡Niña! —reprendió la madre—. No seas descarada y tráeme los zapatos que están en la caja de cartón.

Mientras se calzaba le dijo a la mayor:

—Inesita... Si pasa por aquí tu hermano, le dices que se quede hasta mi vuelta.

—Sí, madre, pero... ¿A dónde vas?

—Tengo cosas que arreglar, hija.

—¿Tardarás mucho?

—¡Calcula, hijita! Cuatro leguas ida y vuelta.

—¿Bajas al pueblo?

—¡Sí! Y no preguntes más.

—Estropearás los zapatos.

—¡Me da igual! Aunque son los únicos que tengo.

* * *

Pero Soledad Cárdenas no estropeó sus bonitos y únicos zapatos.

Nada más alejarse de la casucha, se los quitó y siguió caminando descalza. Campo a través y cruzando la dehesa, donde el ganado del conde de Monte-Alto pastaba en las parcelas que los peones y los empleados del rico aristócrata elegían periódicamente, alterando los cercados movibles para a la vez dividir y subdividir a las reses.

Los lechales, juntos con sus madres; luego los pastencos o los chotos de seis meses; los becerros de dieciocho meses ya empezando a darles piensos compuestos; los erales de dos años aparte, junto a las cercas donde quedaban los de dos y tres años, ya algunos para utreros. Luego venían los novillos hasta los cuatro años y al final los auténticos toros de lidia, los de cinco hierbas.

Todos marcados con el hierro de «Monte-Alto», el distintivo de la ganadería que más se cotizaba en las plazas de toros, porque era una garantía, tanto para los empresarios como para el público entendido que deseaba presenciar una buena corrida de toros.

Sí: don Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, tenía su prestigio tan alto como su aristocrático título. En el mundo de los toros los hombres como él mandaban, «templaban», y hacían y deshacían, y lo mismo podían hundir para siempre a un torero, que encumbrarle y llevarle con sus poderosas influencias a las mieles de la gloria.

Empresario en exclusiva de varias plazas de España, el conde de Monte-Alto extendía sus tentáculos hasta el otro lado del Atlántico, en México, Perú y Ecuador, donde en muchas ocasiones los carteles se confeccionaban según su voluntad o capricho.

Saltando cercas para cortar camino, a Soledad Cárdenas no le daban miedo los toros en la dehesa. Criada en aquellos campos y habituada a verlos desde muy niña, para ella solo eran enormes pero dóciles «animalitos», capaces de lamer un trozo de sal en la palma de su mano. A veces, comparándolos con los hombres, había dicho:

—¡Pobrecitos! Solo atacan y embisten cuando se les molesta, cuando se les achucha e irrita.

A ella sí que la vida la había «achuchado» siempre, y ahora iba irritada.

¡Capaz de «embestir» al más pintado!

Por eso no dejaba de caminar con sus pies descalzos abrazada a sus zapatos, que por decoro —o coquetería femenina— pretendía mantener limpios para cuando llegase a su meta.

«Me va a oír —se animaba a ella misma de vez en cuando—. Sí, señor: ¡Le voy a hablar bien clarito!»

Pero cruzando aquellas tierras, no dejó de pensar también los muchos millones que valdrían.

«¡Josú! —exclamó con andaluz sevillano—. ¡Una porra de millones!»

Viva de genio, Soledad siempre había tenido muy buena memoria. Pero no supo por qué en aquella ocasión se puso a recordar la noche que su hijo Raúl, mientras leía un libro a la luz del quinqué en la casucha, la había pedido desde el rincón de su camastro:

—Escucha esto, madre... Aquí pone que lo superfluo de los ricos debería servir para lo necesario de los pobres. Pero que sucede todo lo contrario: que lo necesario de los pobres sirve para lo superfluo de los ricos...

Soledad Cárdenas también recordaba perfectamente que, al oírle su marido Pedro le había reñido al muchacho, aunque siempre paciente y cachazudo:

—No leas esos libros, muchacho... Son malos, porque nos hacen pensar.

Ahora Soledad Cárdenas pensaba que todas aquellas tierras debían valer una fortuna. Tanto dinero, como ella no era capaz ni de imaginar.

Y pertenecían a un solo hombre y a su familia: la esposa, la hija, unos

sobrinos que de vez en cuando llegaban de Sevilla o Madrid para montar a caballo por allí, cazar y torear becerras en los tentaderos que, ya muy cerca de la casa de mármol y ladrillos rojos, servían para calibrar la casta y bravura de las reses que serían apartadas para la lidia.

¡Qué hermoso debería ser vivir disponiendo de tantas cosas!

Soledad Cárdenas avivó el paso así que distinguió, al fondo, los barracones de madera, los almacenes, los graneros, la herrería y las torres metálicas de los molinos de viento, que también funcionaban con potentes motores para extraer el agua de los pozos que convertían en un vergel todo aquello, donde muchos empleados trabajaban y estaban instalados con sus familias por allí, en un grupo de casas muy blancas, siempre caldeadas y brillando al sol, con pequeños huertos o diminutos jardines que cuidaban las mujeres.

Era como un pueblo y el conde y la condesa como los reyes, dueños de vidas y haciendas de aquellos «súbditos», siempre sumisos y obedientes al menor de sus gestos.

Al tener que pasar junto a las caballerizas, el mayoral la vio y saludó jovial:

—¡Vaya! ¿Cómo por aquí, Soledad?

—Buenas tardes, don César... ¿Puedo... puedo refrescarme un poco?

—Puedes mujer... ¿Cómo están las niñas?

—Bien, don César... Allí las dejé esperándome.

—¿Pero es que has venido andando?

—¡Digo! En el tren de San Fernando, un pie tras el otro y siempre andando.

—¿Os ocurre algo? —se interesó el mayoral.

—No... *Ná* en particular, don César.

—Tu chico anda por ahí, apartando unas reses.

—Me lo figuro: hace cinco días que no se le ve el pelo por casa.

—A la buena de Dios, Soledad: tengo muchas cosas que hacer.

—Vaya, vaya, don César. ¡Usted a lo suyo!

Se puso los zapatos, se refrescó el rostro y los brazos para quitarse el polvo del camino, se repeinó con los dedos cómo pudo, utilizando por espejo el agua de la alberca y, nuevamente caminando, Soledad Cárdenas volvió a animarse ella misma:

—Me va a oír ese tío... ¡Le hablaré bien clarito!

CAPÍTULO III

Don Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, era muy aficionado a coleccionar sellos. Los tenía de todas las partes del mundo y de las fechas más antiguas. Resumió el gran valor de sus casi 50 álbumes con estas palabras que, en una ocasión, les dijo a su esposa y su hija:

—Vosotras reíros de mi manía. Pero esta colección vale más que la finca que tenemos en Córdoba.

—Sin exagerar, papá —objetó la hija.

—¡Pues aún me quedo corto, Eva!

La señora condesa, de soltera Magdalena Egüía, nada opinó porque ella solo entendía del valor real de dos cosas: vestidos y joyas.

Todo lo que no fuese aquello escapaba a sus cálculos monetarios. Lo mismo se escandalizaba cuando el administrador les anunciaba que, según las nuevas normas oficiales del Ministerio de Trabajo debían subir veinte pesetas por sueldo a cada peón, que se admiraba que por un solo toro de lidia, destinado a morir estoqueado en una plaza, su esposo pudiese cobrar a los empresarios setenta o noventa mil pesetas.

Cuando la fiel María penetró en el gabinete luciendo sobre su negro vestido de primera doncella la cofia y el breve delantal blanco, apartando la lupa de los sellos del dueño de la casa se interesó:

—¿Qué pasa, María?

—Perdone, señor... Pero una mujer desea verle.

—¿A mí?

Antes de que contestase a la criada, la señora condesa también indagó, fijos los ojos en su esposo:

—¿Esperabas visita, Raúl?

—No, Magda... ¡A nadie!

La doncella osó apuntar, por si aclaraba algo:

—Me dijo que la anunciase como Solé, señor...

A sus cincuenta y dos años, Raúl de Bonilla, por herencia paterna conde de Monte-Alto, era un hombre que aún conservaba todo su vigor. El aplomo le venía de casta —como sus propias reses de lidia—, así como la elegancia innata en él y el buen gusto para la vida. Una existencia siempre cómoda y fácil habían hecho de él un hombre despreocupado, porque jamás había tenido que resolver ningún agudo problema.

Para él todo resultaba fácil, accesible, al alcance de la mano y de sus caprichos.

Pero en aquella tarde, al oír a la doncella tuvo que repetir, parpadeando

nervioso:

—¿Sole...?

—Eso dijo, señor —insistió la criada.

—Bien, María... ¿Y qué es lo que quiere esa mujer?

—No me lo dijo, señor. Pero insistió en que usted la recibiría.

Ante el silencio que se prolongaba, la doncella pretendió ayudar a la identificación de la mujer que pretendía ser recibida por el dueño de la finca:

—Me parece que la he visto alguna vez, señor... Creo que es la viuda de Pedro Sánchez, aquel peón que murió y que...

—¡Ah, sí! Ahora caigo —exclamó el conde—. Te refieres a Soledad Cárdenas, la hermana del matador de toros que hace poco murió en la plaza de Sevilla. Julio les enviaba dinero de vez en cuando y ahora...

Cerrando la revista de modas que había estado hojeando, la esposa del conde opinó:

—Seguro que viene a pedir dinero.

—Por favor, mamá —dijo la joven Eva—. Si no la queréis recibir vosotros, lo haré yo.

Ya se levantaba la joven, cuando su padre pidió:

—La recibiremos los tres, hija —y mirando a la doncella otorgó—: Hazla pasar, María.

Cuando Soledad Cárdenas taconeó con sus zapatos sobre el pulimentado mármol blanco del lujoso vestíbulo de aquella casa, inicialmente quedó deslumbrada. Nunca había podido concebir que pudiese existir tanto lujo y buen gusto: allí todo armonizaba a la perfección y parecía necesario para la debida ornamentación de aquella casa y sus aristocráticos moradores.

Indiscutiblemente, el conde de Monte-Alto no podía vivir de otra manera. La esposa y la hija de aquel hombre «merecían» todo aquello.

¿Lo merecían realmente?

Esta pregunta que se formuló mientras seguía los pasos de la estirada doncella, hizo que la humilde visitante alzase su cabeza con cierto orgullo y ella misma se contestó:

«Yo también merezco otra suerte. ¡Y sobre todo mis hijos!»

La doncella volvió a abrir la puerta del gabinete y anunció:

—Señor...

Los tres miraron fijamente a la visitante. La señora condesa de Monte-Alto frunció los labios con cierta hostilidad y sus pupilas no reflejaron el agrado; la joven Eva también movió sus labios, pero fue para esbozar una leve sonrisa que no cuajó del todo; Raúl de Bonilla quedó muy serio ante la inesperada presencia física de aquella mujer, que venía a perturbar su apacible tarde de coleccionar sellos.

El silencio se fue prolongando, hasta que el dueño de la casa quiso concretar:

—Usted es... es Soledad Cárdenas, ¿verdad? La hermana de...

—Sí, señor conde —le atajó la visitante—. Aunque de joven usted me solía llamar Solé... Yo he venido para...

La mano alzada del dueño de la casa la interrumpió, al tiempo que girando hacia la esposa y la hija exponía a su vez:

—Espere, por favor... ¿Nos queréis dejar solos, querida?

La señora condesa se levantó, con el aire de la persona que es liberada de algo desagradable. Incluso cuando pasó ante la visitante no despegó los finos labios para despedirse; simplemente se limitó a un leve movimiento de cabeza.

La joven Eva si logró sonreír aquella vez, manifestando al pasar:

—Encantada, señora Cárdenas.

—Lo mismo digo, señorita.

Soledad Cárdenas siguió firme allí, hasta que desde el fondo del gabinete el hombre ordenó, secamente:

—¡Cierra esas puertas!... Por favor.

La campesina obedeció, para volver al mismo sitio y entonces decir a su vez:

—Me has reconocido, ¿verdad, Raúl?

El disgustado aristócrata tardó en responder, dando nerviosos paseos en el fondo del gabinete cruzando sus cuidadas manos a la espalda. Parecía negarse a él mismo mirar a la mujer visitante, pero al fin confirmó:

—Sí... ¡Claro que te he reconocido. Solé!... ¡Pero no me explico de dónde diablos sales, después de tantos años!

—Nunca me he apartado muy lejos de aquí.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Lo que oyes, Raúl... No sé por qué, pero nunca encontré valor para marchar lejos.

—¡Habría sido lo mejor!

—Para ti sí, por supuesto. Por eso nunca te molesté. Preferí que ignorases que me tenías cerca...

—¿Y ahora a qué has venido? Te doy mi palabra que ignoraba que tú, precisamente tú, eras la hermana de Julio Cárdenas Paredes.

—Mi hermano también siempre ignoró que tú eras el hombre... ¡El canalla que me engañó!

Frenando sus nerviosos pasos, quedando plantado ante la mujer, él replicó furioso:

—¡Nunca te engañé. Sole! ¡Desde el principio supiste que era un hombre casado!

—¿Por qué me cortejaste, entonces?

—No sé, mujer... ¡Los hombres ya sabes cómo somos!

—¡No! Yo no lo sabía entonces... ¡Tú fuiste el primero!

—Alto, Solé, alto. ¡No te permito que grites en esta casa!

—No he venido a gritar, sino a pedir ayuda.

—¡Me lo temía! La canción de siempre.

—No pido limosna, Raúl. ¡Tengo tres hijos! Y ahora mi pobre hermano ya no nos puede ayudar.

—¿Y tengo que hacerlo yo? ¿A santo de qué?

—Raúl es tu hijo... ¡nuestro hijo!

Muy serio, Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, volvió a protestar briosamente ante la abrumada mujer:

—¿Raúl? ¿Es que te atreviste a ponerle mi nombre?

—Era lo único que podía hacer. ¡Eso no me lo podías prohibir!

—Le tuviste porque quisiste. Yo te prometí llevarte a Sevilla para que allí, en una buena clínica...

—No acepté esa barbaridad. ¡Un hijo latía en mis entrañas!

—¡Bobadas! Y nunca podrás demostrar que ese hijo es mío. Solé. ¡Nunca!

—No he venido con esa pretensión, Raúl. Te lo he demostrado en todos estos años, que jamás te molesté.

—La verdad: te creía muy lejos. Desapareciste y...

—No. Solo me oculté y tú nunca me buscaste.

—Te repito que creí que te habías decidido por la solución de la clínica de Sevilla y yo...

—Ahora mientes, Raúl... ¡Sabes muy bien que rechacé tu dinero para eso!

—Ya no me acuerdo: han pasado muchos años y he tenido... ¡He tenido que cuidarme de mi familia! Tengo una esposa, una hija...

—Y un hijo también, que se llama Raúl, como tú.

El hombre empezaba a recuperar su aplomo, por lo que intentó argumentar tras sus primeras vacilaciones:

—No, Solé, no... Ese hijo muy bien puede ser de cualquier otro.

Al oírle, toda la bravura de la mujer insultada se reflejó en los irritados ojos negros de Soledad Cárdenas y sus manos se crisparon, avanzando unos pasos dispuesta a la agresión con las con las uñas. Pero el hombre acertó a sujetarla por los brazos y, casi mezclándose los alientos y fulminándose las cuatro pupilas, siguió diciendo:

—No he querido ofenderte, Solé... Solo decir lo que pudo ser.

—¡No fue así, canalla!

—Bien que has tenido otros hijos.

—Suéltame... ¡me haces daño!

—Lo haré si te calmas.

—Estoy calmada: te repito que no he venido a crearte problemas.

—Pero sí a pedir dinero, para ese hijo tuyo.

—¿Es que no sientes nada por él?

—No sé... Nunca me hice a esa idea. Vuelvo a repetirte que siempre he creído que no llegaste a tenerle.

—¡Lo tuve! ¡Era mi hijo y lo único que me dejaste!

—Son cosas que se hacen en la juventud, mujer.

—Tú ya tenías treinta y cuatro años. ¡Eras un hombre responsable!

—¡Cierto! Y ya casado —repitió.

—Me embaucaste: yo solo era una humilde campesina de diecisiete años, Raúl. Me pintaste un mundo color de rosa... Eras el primer hombre que llegaba a mí y me hacías sentir como mujer. Me enamoré de ti como una loca, con toda la fuerza de mis sentidos y siempre... siempre pese a todo yo... ¡yo te he querido!

Ahora lloraba: Soledad Cárdenas ya no era capaz de ocultar lo que durante tantos años se había querido ocultar a ella misma, hasta que la mala suerte de su vida la había arrastrado a desbordar su dolor y su angustia.

—Por amarte, por idolatrarte tan ciegamente, me negué a deshacerme del hijo porque anhelaba tener algo tuyo, algo que te perteneciera y fuera mío para siempre. Mío y que me consolase de tu ausencia, de todo a lo que tenía que renunciar...

Seguía jadeante cuando añadió en el estallido de su dolor:

—¡Lo soporté todo! Dolor, vergüenza, humillaciones, ocultación de tu nombre a todos y a mí propio hermano. Luché con mi hijito siempre colgado a mis pechos como mi único tesoro, sin importarme el trabajo o la miseria. ¡A ti mismo te oculté que estaba tan cerca!

—¿Por qué no te marchaste lejos? —repitió él, también sintiéndose acosado, molesto, irritado.

—Ya te he dicho que no lo sé. Algo me retenía en estas tierras. Era como una fuerza misteriosa que me daba valor. Solo me importaba mi hijito y un día... Un día me casé con Pedro Sánchez para que tuviese al fin un apellido.

—¡Bonito apellido! —pareció rechazar él—. El de un pobretón. ¡Un haragán apellidado Sánchez!

—Fue un hombre bueno y paciente conmigo.

—Que te hizo dos hijas más.

—Por ellas y por el muchacho estoy aquí, Raúl. ¡Para mí sigo sin pedirte nada!

—Pero bueno... ¿Qué es lo que quieres ahora de mí, concretamente? ¿Dinero? ¿Convertirte en una sanguijuela dispuesta desde ahora a sangrarme, con ese cuento de «nuestro» hijo? ¿Crees que un hombre como yo, de mi posición, puede quedar sometido a un chantaje así? ¿De veras

crees que tengo que ayudar a todas las mujeres que he conocido después de mi matrimonio? ¡Apañado estaba, mujer! Esas cosas ocurren y en paz. ¡La culpa es vuestra!

—Raúl, por favor...

—¡Ni favor ni narices, rica! Cada uno en su puesto. ¡Pues no faltaba más! No voy a consentir que, con todo ese serial de años, ahora vengas a perturbar mi vida. Y en el caso de ayudaros ahora con unas miles de pesetas, sea o no mi hijo ese condenado Raúl que dices, cada mes, cada semana, ¡cada día te tendría aquí suplicándome! ¡Siempre con la misma cantinela!

—No te pido dinero, Raúl. Tan solo tu ayuda e influencia.

—¿Mi ayuda? ¿Mi influencia? ¿Pretendes que nombre administrador de la finca a ese hijo tuyo? ¿Y qué hago con don Manuel? ¿Le despido y le echo a la calle? ¡Ah, no, no, Solé! No tardaríais en decirle a todo el mundo por qué os ayudaba. Todo eso me crearía problemas y conflictos, mujer. Tú y yo nos conocimos una vez y fue por pura casualidad. Me gustaste, eras joven y bonita, a mí me hervía la sangre y pasó lo normal entre un hombre y una mujer que se dejó querer. Esa... ¡Esa es la verdad, amiga!

Pero Soledad Cárdenas ya no parecía escucharle. Se había sentado en uno de los butacones de cuero repujado y, reclinada la cabeza entre los brazos, sus hombros se agitaban por las convulsiones del llanto.

Raúl de Bonilla la contempló un instante, sin poder evitar recrear sus golosos ojos, bien entendidos en mujeres, en las curvas de aquel cuerpo femenino, que muchos años atrás él había conocido y acariciado. La joven Solé, ingenua y salta riña, se había convertido en toda una real hembra en sazón, que a sus treinta y seis años resultaba más deseable, más apetecible.

El entendía mucho de aquellas cosas...

Soledad Cárdenas podría seguir siendo una simple campesina, pero en lo tocante a lo físico valía diez veces más que su esposa, la delicada, refinada y sofisticada Magdalena Egüía, que tan solo se mostraba apasionada por lucir costosas joyas y vestir elegante, siempre a la moda.

Pero el conde de Monte-Alto quiso apartar aquellos pensamientos de su cabeza, caminando hacia su mesa escritorio y apartando la colección de sellos, para terminar abriendo uno de los cajones. De allí tomó dos fajos de billetes, pero al instante volvió a dejar uno de ellos en el cajón. Con el otro en la mano regresó junto a la mujer y le ofreció al tocarle en un hombro:

—Aquí tienes, Solé... Hay suficiente para que os instaléis en cualquier sitio. ¡Es lo único que puedo hacer! España es muy grande.

La mujer levantó la cabeza, con los ojos húmedos y brillantes por las lágrimas. Pero en sus pupilas ya no había el desconsuelo ni el dolor, sino más bien la cólera contenida que rechazó con brío:

—¡Guarda tu cochino dinero! ¡No es eso lo que venía a pedirte!

—No seas loca, mujer. Podéis necesitarlo y te lo doy de corazón.

—¡Eso! ¡Eso es lo que quería encontrar en ti, canalla! Un corazón que nunca has tenido ni que jamás tendrás.

—No vuelvas a gritar, por favor. Yo...

—¡Aparta tus manos! ¡Me das asco!

Se había puesto en pie y desafiante, deseando taladrarle con sus negras y brillantes pupilas, le sentenció:

—¡Nunca más volverás a saber de mí! ¡Nunca, nunca! Ni de mí ni de tu hijo... Y ahora sí que preferiría ir al mismo infierno que seguir cerca de un malvado como tú. ¡Cerdo!

La mano femenina dio un golpe a la del hombre, el fajo de billetes rodó por el suelo, a la par que el rostro de don Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, recibía un despreciativo salivazo.

En toda su vida le había ocurrido una cosa igual.

Y menos ante una simple campesina como aquella.

CAPÍTULO IV

La carta venía firmada por el administrador, y don Manuel Cruz les comunicaba que disponían de quince días para abandonar la casucha. Concretamente en aquella zona se iban a efectuar unas perforaciones para buscar agua y dos de los pozos, según los geólogos, deberían quedar justamente allí, en el lugar de aquella mísera vivienda.

Soledad Cárdenas entendió perfectamente las intenciones del dueño de la finca. El poderoso personaje quería deshacerse de ellos, a ser posible tal como había prometido a ella misma. ¡Para siempre!

Aquel hombre estaba muy alto, para que ella intentase inquietar su cómoda y regalada vida.

Ante la nueva humillación, ante aquel grosero y definitivo rechazo sin apelación posible, la abrumada mujer lloró. Pero ocultó las lágrimas a sus hijos y tan solo temió:

—¿Y dónde podremos ir, Raúl?

El joven también pareció dudar, hasta que apuntó mirando a sus hermanas:

—A Cazalla de la Sierra, madre. ¿No vive allí la viuda de tu hermano Julio?

—Sí, hijo, pero...

—Son buena gente: siempre se portaron muy bien con nosotros —siguió animando—. Las tres estaréis seguras allí, hasta que yo...

—¿Tú qué, hijo mío?

—¡Trabajaré, madre! Soy fuerte... ¡Me abriré camino! Os enviaré todo el dinero que vaya ganando.

La pequeña Marta lloraba y empezó a protestar:

—¡No me quiero ir de aquí, mamita! Planté flores en el huerto y no las veré cuando llegue la primavera.

—Por favor, hijita. Yo...

La mayor, Inés, intervino regañando a la hermana:

—Nosotras haremos lo que mamá y Raúl decidan. ¡A callar. Marta!

—¿Y nuestro perro? —insistió la pequeña—. ¿Nos podremos llevar a «Canelo», mamá?

—Me lo llevaré yo —decidió el joven—. Así me hará compañía.

—Pero, hijo... Tú solo, por esos mundos de Dios... ¡No quiero que te separes de nosotras, Raúl!

—Es necesario, madre. ¿Qué podría hacer yo en Cazalla de la Sierra? El trabajo también escasea por allí y además... ¡No quiero seguir siendo un

don nadie, un destripaterrones!

—¿Con qué sueñas, Raúl?

—¡Con triunfar, madre! ¡Con llegar a ser alguien! No quiero que paséis más hambre y miseria. Con un poco de suerte... ¡Voy a teneros a las tres como reinas!

La pequeña Marta siempre decía lo que pensaba y palmeó feliz, olvidando sus lágrimas, mirando al hermano con viva admiración al preguntar:

—¡Olé. Raúl! ¿Vas a ser torero como el tío Julio?

—¡No, eso no! —negó al instante la madre.

Pero el joven sonrió, alzó con sus fuertes brazos de campesino a la hermanita por encima de su cabeza y, tras agitarla, deseando contagiar su optimismo pareció aceptar:

—¿Y por qué no, Martita? Por vosotras estoy dispuesto a jugarme la vida mañana mismo.

—No digas tonterías, hijo. Marta ha dicho eso por decir. Siempre dice lo que le viene a la cabeza.

—Pues no es mala idea, madre. ¿Quién conoce a esos «bichos» más que yo? Me basta mirarlos para conocer sus intenciones, para saber lo que van a hacer y por dónde van a ir. En las tientas, don César me ha dicho muchas veces que no lo hago mal del todo.

—Porque eres buen jinete, hijo. Lo tuyo es el caballo, Raúl... Y me darías un gran disgusto si pensaras ser torero.

—Pues seré rejoneador.

—Otra bobada: hace falta tener muy buenos caballos, adiestrarlos, que sirvan para la monta del rejoneo. Y todo eso cuesta mucho dinero, hijo.

No se habló más del asunto. Tenían que resolver otras cosas más inmediatas, más urgentes. La vida de los cuatro iba a sufrir pronto una radical transformación.

Raúl se había traído el caballo que utilizaba para su trabajo y montando en el animal anunció a los suyos:

—Voy a pedirle a don Manuel mi cuenta; tendrá que pagarme estos días del mes.

—No, hijo, déjalo. No quiero que vuelvas por esa casa.

—¿Por qué no, madre? Solo voy a pedir lo mío. ¡Es lo justo!

—Te digo que no, Raúl. ¡Ninguno de nosotros volveremos a poner los pies allí!

—¿Qué pasa, madre? Necesitáis ese dinero, para viajar hasta la casa de la tía.

—Por favor, hijo... ¡Te lo ruego!

Pero ya jinete en su montura, a su vez el joven reprochó:

—¡Tú y tu condenado orgullo, madre! ¿Hasta cuándo nos vas hacer

pagar a nosotros con tu forma de hacer las cosas?

La mujer le miró fijamente, hasta que poco a poco fue reclinando la cabeza. Y allí quedó, junto a sus silenciosas hijas que también vieron como el hermano picaba espuelas y se alejaba como un centauro.

* * *

Fue al pasar junto a las caballerizas cuando, también montada en una briosa negra yegua azabache, la joven Eva agitó la fusta en la mano alzada y llamó:

—¡Eh, Raúl!

El joven jinete frenó su cansada montura y, siempre tan serio y huidizo como cuando se encontraba junto a la bella muchacha, a su vez saludó con un gesto desde lejos.

—Ven, hombre: acércate que no muerdo —insistió la joven, sonriendo.

—Usted dirá, señorita.

—Hoy quiero que también me acompañes a la vaguada.

—No puedo... señorita.

—¿Por qué no, Raúl? Ya hablaré yo con el capataz.

—Es que...

—Sigue, hombre. ¿Qué te pasa?

—Ya no trabajo en esta finca —lo soltó de golpe.

—¿Cómo? —se extrañó la muchacha—. ¿Qué tontería estás diciendo, Raúl?

—Perdone señorita... Tengo que ver a don César.

—¡La que tiene que hablar con él soy yo! Y si ha sido el capataz el que te ha despedido... ¡Mi padre le despedirá a él!

—No se moleste, señorita. Ha sido su padre el que ya no nos quiere en sus tierras.

—¡Eso es mentira. Raúl! ¿Quién te lo ha dicho?

Tras hundir la mano en la zamarra, le entregó la carta recibida firmada por el administrador. A Eva le bastó una ojeada para leer y reconocer la firma de don Manuel Cruz. El vivo temperamento de la joven la llevó a romper el papel en dos y arrojarlo muy enfadada al suelo, a la par que anunciar indignada:

—¡Pues hablaré con don Manuel! Ese hombre ha llegado a creerse el dueño de todo esto.

Raúl Sánchez Cárdenas ya había descendido del caballo, para recuperar los dos trozos de papel y volverlos a hundir en el bolsillo de su zamarra. Y cuando alzó sus ojos grises hacia la joven le buscó las pupilas al anunciar muy serio:

—Gracias por todo, Eva, pero sería inútil... ¡Somos nosotros los que no queremos seguir en estas tierras!

—¿Qué?... ¿Qué estás diciendo, Raúl? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no quieres... por qué nos quieres dejar?

El silencio se fue prolongando, incitándole a ella a apremiar:

—¡Habla, hombre! ¿Siempre hay que sacarte las palabras con sacacorchos? Por favor, Raúl...

—No tiene importancia, señorita...

Y luego, mientras volvía a montar y picaba espuelas:

—Que siga tan feliz, Eva... ¡Hasta nunca!

—¡Eh, espera! ¡Espera, Raúl!

Intentó seguirle, pero Raúl Sánchez Cárdenas era un excelente jinete y consiguió rehuirla por entre los barracones y las instalaciones de la finca. Solo cuando llegó a la gran casa de mármol blanco y ladrillos rojos paró frente al ala derecha, donde sabía que don Manuel Cruz tenía las oficinas como administrador.

Cuando penetró en el despacho anunció secamente:

—Vengo a por lo mío, don Manuel.

—Hola, Raúl... ¿Ya os marcháis?

—Sí... ¿Para qué esperar más?

—Hombre, muchacho... Os hemos dado quince días, ¿no?

—Nos sobran.

—No debes tomarlo así, Raúl.

—¿Me liquida, don Manuel?

—Pues mira, chico... Aún no he hecho las cuentas de los sueldos y... La verdad es que no esperaba que os fuerais tan pronto y yo...

—Es igual... Mi madre tenía razón.

—Espera, hombre, espera... ¿En qué tenía razón tu madre?

—A la buena de Dios, don Manuel.

Levantándose con viveza pese a sus sesenta años cumplidos, don Manuel Cruz se puso a exigir:

—¡He dicho que esperes, leñe! ¿Cómo te atreves a llegar con esos humos de gran señor?

Desde la puerta, medio volviéndose, el joven replicó: —Escuche, don Manuel... Y no me grite, ¿entiende? Solo vine por lo mío y si no lo tiene arreglado, pueden quedárselo y en paz.

—Un momento, chulito... ¿Y quién eres tú para «regalarle» nada al amo? Precisamente el señor conde me dejó unas pesetillas para que os las entregase y yo...

—Solo quiero los días de mi sueldo.

—¿Y vas a rechazar esos cinco mí! duros?

—Lo mío, don Manuel.

—Está bien, Raúl... Son dos semanas a trescientas pesetas diarias... ¡Aquí tienes cuatro mil quinientas pesetas!

—¿Tengo que firmar en alguna parte?

—¡Pues claro que sí! —afirmó, cada vez más irritado—. Te extenderé el recibo correspondiente, don arrogante.

Mientras lo hacía casi maquinalmente, aún quiso saber—: ¿Qué mala mosca te ha picado, Raúl? Tú nunca te comportaste así, muchacho.

—Ya no soy un niño, don Manuel. Ha debido picarme la mosca de la dignidad.

—¿Dignidad? —repitió extrañado.

—¿Tengo que explicarle lo que es eso, don Manuel?

—¡Fuera! ¡Largo de aquí!

El joven volvió a dar media vuelta, pero una vez más se detuvo. Por el pasillo avanzaba el dueño de la finca y, como siempre, el señor conde de Monte-Alto llegaba elegante e imponente, con pasos lentos, firmes y muy seguro de sí mismo.

El administrador salió a recibirle con una amable sonrisa de oreja a oreja, al tiempo de con leve inclinación al saludar:

—Señor conde...

—Dime, Manolo... ¿Quién es este joven?

—Raúl, señor... Raúl Sánchez Cárdenas, señor. El hijo de...

—Ya, ya... ¡Ya sé, Manolo!

Hizo una breve pausa y preguntó:

—¿Se marcha, Manolo?

—Sí, señor conde. Se ha despedido.

Mientras hablaban, el dueño de la finca no podía apartar su mirada de la del joven que, a su vez, también parecía retarle con sus grises pupilas. Y tan solo le escuchó decir:

—Ahí fuera les dejo el caballo. Queden con Dios.

Y mientras le veían alejarse, el administrador don Manuel Cruz informó a su amo:

—¿Sabe, señor conde? ¡No ha querido sus veinticinco mil pesetas!

—¿Cómo? ¿Las rechazó?

—Sí, señor conde. ¡Inaudito!

—No tanto, Manolo... ¡Ese chico se parece a su madre!... Y es posible que también a su padre.

—Su padre fue Pedro Sánchez, señor. ¿No le recuerda?

—¿De veras, Manolo?

—Sí, señor. Aquel pobre diablo que murió y que...

Hizo una pausa y el administrador opinó:

—De cualquier forma, señor, con esa insolente arrogancia, ese pobre chico no llegará a ninguna parte.

—No creas, Manolo: la arrogancia del corazón es el atributo de las personas honradas. La arrogancia en las maneras es el atributo de los

imbéciles...

—Pero señor, yo... yo...

—No te ofendas, Manolo: solo fue un comentario...

Y sin dejar de mirar en silencio cómo se alejaba el joven Raúl Sánchez Cárdenas musitó:

—¡Me gusta ese chico!

CAPÍTULO V

No quería confesárselo ni a él mismo, pero la verdad era que estaba desorientado. Después de quedarse solo, no sabía lo que hacer ni a dónde ir.

Hasta sentía un poco de zozobra, de miedo más bien.

Raúl Sánchez Cárdenas jamás había salido de aquellas tierras. A sus dieciocho años, todo lo más lejos que había ido de allí había sido un par de veces al pueblo de El Real de la Jara y otra a Cazalla de la Sierra, a ver a su tío, el torero.

Y ahora tenía que lanzarse al mundo, con un simple hatillo a la espalda y seguido del fiel «Canelo».

Caía la tarde cuando al fin, armándose de valor, le dijo al perro:

—Vamos, amigo. Nada tenemos que hacer aquí.

Atrás fue quedando la casucha de barro, con el pequeño huerto y el diminuto jardín, donde su hermana pequeña había sembrado las flores que él tampoco vería en la primavera.

Le daba lo mismo tomar una dirección u otra, pero no supo por qué caminó hacia los pastizales, donde las reses bravas ya buscaban los cobertizos para pasar la noche: siempre que amenazaba lluvia su instinto les llevaba a buscar protección de aquellas onduladas uralitas sostenidas sobre soportes de hierro, que él mismo había tenido que levantar y reparar muchas veces.

Se fijó en uno de los toros; un hermoso berrendo, de capa blanca con grandes manchas negras, permanecía solitario bajo la lluvia que empezaba a arreciar. La fiera pareció inquietarse al oír sus pasos, moviendo sus cuartos traseros para hacerle frente: como avisándole de que no debía acercársele más. Aquel cinco hierbas estaba bien armado y presentaba sus cuernos con verdadera simetría y regularidad, tanto en su salida, como en la forma y elevación.

A Raúl le extrañó que aquel animal de fina estampa estuviese por aquella zona. Generalmente, los que tenían la edad reglamentaria para ser apartados para la lidia solían estar más al norte, cerca del edificio principal de la finca, para en su día ser encajonados y enviados a cualquier plaza. Y aquel soberbio toro estaba del todo bien cuajado, como solían decir los entendidos.

Al acercarse más, pronto lo comprendió.

Aquel toro era de los llamados «astillados», con uno de sus pitones rotos, formando en la punta de aquel cuerno como astillas, porque por su

bravura, le debía gustar embestir contra todo.

Sí: era de los que llamaban «furiosos» —bravo con rabia—, de los que embestía por derecho y se encelaba con los caballos.

La lluvia arreciaba cada vez más y, por entre las nubes que parecían jugar con la luna, solo el astro de la noche presenciaba aquella escena, en la que el joven y el toro bravo parecían observarse, como dispuestos a medirse.

La res agitó su largo rabo y Raúl intuyó que se disponía a embestirle. Por lo menos le estaba avisando que aquel terreno era suyo; le pertenecía y el hombre nada tenía que hacer allí, por lo menos a tales horas.

—Tranquilo, amigo —le susurró—. Tranquilo...

Lo más prudente era alejarse de allí y seguir su camino. Pero de pronto Raúl Sánchez Cárdenas se encontró preguntándose si aquella no era una excelente ocasión para probarse a él mismo. Para demostrarse si tendría el suficiente valor, y el temple, para algún día aspirar a ser matador de toros bravos.

Se encontró descargando el hatillo de la espalda y desplegando la lona que lo cubría, dentro de la cual envolvía todas sus escasas pertenencias quedaron sobre el suelo embarrándose con la lluvia que caía y el joven se apartó unos pasos, ya citando a la res:

—Ia, toro! ¡ia, ia!

Aguantó a pie firme la primera furiosa embestida, consiguiendo darle la primera larga al variar las manos, para al instante volverse y seguir incitándole:

—¡Mira, toro, mira! ¡Aquí, aquí!

La fiera se revolvió, empezando a andar despacio pero dispuesta a aceptar el desafío. Cuando nuevamente tomó impulso acelerado las patas para la segunda embestida, Raúl ya estaba a su vez reculando sobre la punta de sus pies hacia atrás, dejándose seguir por el toro que humilló la testuz siguiendo con la punta de sus pitones el engaño de la improvisada capa de lona.

Con aquella burda «capa» por delante y citando a la fiera colocada en línea recta hacia él, y haciéndole variar su viaje poniéndose de lado en el instante preciso, Raúl consiguió una media verónica. Aquello le animó a tomar su «capa» con los brazos cruzados, en su intento de realizar una «tijera», rematándola con un movimiento de su improvisado capote en derredor de su cabeza, como si fuera a colocársela sobre los hombros: aquel *farol* no le salió a la perfección y casi salió de él a trompicones, porque sus gastadas botas resbalaban sobre el barrizal que con la pertinaz lluvia, el toro y él estaban formando sobre el encharcado suelo, no exento de alguna hierba.

Sucio de salpicaduras de barro, totalmente empapado hasta los huesos,

pero con la garganta reseca, con la áspera lengua pegada al paladar, el joven se creció y a él mismo se prometió seguir probándose en aquella improvisada lidia, que no tenía más testigos que la lejana y pulida luna y su propio pundonor.

A fin de cuentas, el valor perfecto es aquel que se lleva a cabo, sin testigos, lo mismo que sería capaz de hacer delante de todo el mundo.

Con la «capa» pasada por detrás del cuerpo, Raúl intentó una gaonera colocándose delante del toro, que pasó rebufando como un tren. Sintió aquel pitón astillado rozando la ropa de su cintura y un escalofrío le recorrió el cuerpo, como si una descarga eléctrica hubiese sacudido su espina dorsal.

Pero siguió aguantando impávido con los pies juntos, para rematar su temeridad girando sobre ellos mismos en sentido inverso a la nueva embestida, consiguiendo una chicuelina, si no perfecta, en su ejecución, sí escalofriante por el coraje derrochado.

Raúl Sánchez Cárdenas ya se sentía torero de pies a cabeza y la alegría le desbordaba en los ojos, que siguieron a la res dispuesto a eternizar allí su suprema prueba. Él sabía que no debía hacerse aquello: que estaba terminantemente prohibido y que la Guardia Civil se cuidaba de los improvisados maletillas que resabiaban a los toros que más tarde saldrían a la plaza, y podían poner en serias dificultades a su matador.

Pero en aquella ocasión se trataba de un astillado que, por más cuajado y fina estampa que tuviese, la prestigiosa ganadería de Monte-Alto no vendería a ningún empresario.

Además: ahora el maletilla era él, Raúl Sánchez Cárdenas, que DEBÍA saber si aquella noche pasaba de muchacho a hombre.

A hombre con el suficiente valor y coraje para jugarse la vida en los ruedos, en pos de la gloria a la que aspiraba. Por su madre, por sus hermanas, ¡por él mismo!

* * *

Pero Raúl Sánchez Cárdenas no pudo seguir capeando a aquel bravo toro.

En la oscuridad de la noche sonaron unas manos batiendo palmas, al tiempo que una voz ronca, con marcado acento cordobés, exclamaba llena de entusiasmo:

—¡Olé tu madre! ¡Así se torea, fenómeno!

—¡Bravo, bravo! —jaleó otra voz.

—¡Estupendo! —aprobó una tercera.

Sorprendido, en su aturdimiento Raúl se vio obligado a dar una larga cambiada precipitadamente, para que la fiera no le empitonase. El suelo embarrado le hizo resbalar, casi en el mismo instante en el que el toro le

golpeaba con la grupa. Un nuevo escalofrío de terror le invadió cuando se vio tendido en el barro, seguro de morir allí porque la res se había revuelto y se disponía a otra embestida.

Pero entonces, tres sombras corrieron hacia él y, como por arte de magia, una auténtica capa de torero se desplegó, flameando su rojo y amarillo sobre la noche.

Uno de los muchachos capeó al toro, desviándole de su primer objetivo, mientras los otros dos también correteaban por allí, solicitando:

—¡Déjamele a mí, Pepote!

—¡No! Me toca a mí —pidió el otro—. ¡Apartaos, rediez!

Incorporándose, Raúl vio cómo alternativamente aquellos tres jóvenes maletillas capeaban a la fatigada res, que cada vez era más corta en sus furiosas y atolondradas embestidas.

A veces se paraba a rebufar y su cabeza se movía fijando la atención en uno u otro, sin decidirse para verse libre de aquel incesante acoso.

La lluvia había cesado y ahora las nubes se rasgaban, permitiendo a la luna iluminar la escena. Raúl creyó reconocer a uno de los tres muchachos y acercándose se puso a gritar:

—¡Ya basta, Pepote, ya basta!

No le hicieron caso y, en un momento dado, el toro volteó a uno de ellos, poniéndose al instante a buscar el bulto caído con la testuz bajada y los pitones afanosos. Volvió a prenderle y, tras alzarle por un sobaco como a una pluma, lo lanzó por encima de sus costillares triunfadores al fin en aquella pelea con los hombres.

Se ensañó con él.

Con la fiereza y la codicia que casi siempre solían poner los toros bravos de la ganadería.

—¡José, José! —se puso a gritar el llamado Pepote—. ¡Por tu madre, estúpido! ¡Rueda sobre ti mismo! ¡Rueda, muévete, imbécil! ¡Levanta de ahí, José!

—Dios mío —lamentó en su terror otro de ellos—. ¡Le está destrozando!

Raúl fue acercándose temerariamente, con la improvisada capa extendida, sintiendo que sus pies le pesaban una tonelada a cada paso. Anhelaba llamar la atención de la fiera que se cebaba en aquel cuerpo inerte, hecho un ovilló.

—¡Ia, toro, ia! —volvió a gritar.

Todo fue inútil hasta que al fin, satisfecho con su victoria, el toro emprendió un trotecillo que le fue alejando de aquel solitario escenario de juvenil valor, de ansias de gloria...

Jadeante, con las angustias de la muerte, aferrándose con ambos brazos la cintura tinta en sangre, el caído logró silabear:

—¡Lástima, gachó!... Ya... ya nunca podré cortar ninguna... oreja.

Inclinado sobre él, el impresionado Raúl no sabía lo que hacer. Pepote y el otro muchacho, también se habían acercado y el primero se puso a llorar, sus manos engarfiadas al cuerpo tendido del amigo.

—¡José, José! ¡No te vayas, por tu madre! ¡No me dejes! ¡No me dejes, José!

Al otro lado Raúl escuchó la voz ronca del otro muchacho, que se puso a blasfemar, en su rabiosa impotencia:

—¡Maldita sea! ¡Se ha muerto! ¡El muy cabrito se ha muerto, Pepote!

—¡No, no Vicente! ¡No digas eso, por favor!

—Te digo que se ha muerto... ¡Ya no respira!

—¿Queréis callar? —pidió a su vez Raúl, también colérico.

—¡La Guardia Civil nos detendrá! Tenemos que largarnos pitando de aquí.

Raúl le buscó los ojos a aquel muchacho de rostro renegrido y opinó:

—No... ¡No podemos dejarle aquí!

—¿Por qué no, niñaco? ¿Qué gana Vicente si nos quedamos?

La lógica de aquel gitano era aplastante, pero a Pepote fue preciso arrancarle de allí a empujones. Se resistía a soltar las viejas y sucias ropas del amigo y lloraba sin ningún pudor ante los otros dos. Un desconocido al que habían encontrado por los caminos hacía dos días y un joven, al que él había visto montar a caballo recorriendo aquella finca, con el que tan solo habían hablado pocas veces.

Pepote busco con los suyos los ojos de Raúl y quiso confirmar:

—¿Tu trabajas en esta finca, Verdad?

—Trabajaba.

—Lo... lo digo porque... podríamos... podríamos enterrar a José.

—Me he despedido: tampoco deben encontrarme por aquí, Pepote.

—¡Maldita sea! ¿Vamos a dejarle ahí tirado, como una basura?

El gitano volvió a intervenir:

—¿Y qué más le da, después de muerto? Ya le encontrarán y le darán sepultura. ¡Yo me largo!

—Espera, Vicente.

—Oye, Pepote... ¿Es que este niñaco va a venir con nosotros?

Raúl consideró oportuno aclarar:

—Me llamo Raúl... Raúl Sánchez Cárdenas.

—Y yo Vicente Heredia, gachó.

—No vuelvas a llamarme «niñaco», Vicente.

—¿Pero es que ahora vais a discutir? —reprendió Pepote—. ¡Vámonos de aquí!

Como tres sombras furtivas, se perdieron en la noche.

Volvía a llover.

Un perro les seguía.

CAPÍTULO VI

Fue un año largo, muy dilatado en sus días y sus noches, en las que nunca tenían la certeza de poder dormir al abrigo de un techo.

Un año en el que hubo de todo.

Hambre, miseria, muchos caminos a recorrer y no pocas fatigas. Sudores por el día y frío en las noches. Y muchos pueblos, para ellos la mayoría todos iguales, que iban dejando atrás: enfilaron hacia el Norte para alejarse de la provincia de Sevilla, donde quedaba el trágico recuerdo de la muerte de José.

Una tarde, descansando en un pajar, Pepote se sinceró con Raúl:

—Le conocía desde chicos, siendo chavales. Los dos somos de Utrera. José también quería llegar a matador de toros, como yo.

—Sí. Os vi una tarde, capeando las reses de Monte-Alto.

—Y nos echaste, arremetiendo contra los dos con tu caballo.

—Pero os dejé marchar —recordó Raúl—. Como la otra vez.

—Ahora tú también estás metido en esto, Raúl.

—No lo conseguiremos —sentenció el gitano Vicente—. No tenemos padrinos, ni tan siquiera donde caernos muertos.

Pasaron por Azuaga, por Fregenal de la Sierra, por Llerena. Los Santos, Zalamea de la Serena, Almendralejo, Badajoz, Mérida. Buscaban las tierras altas de Cáceres, donde había algunas ganaderías: los «Murubes», «Tres Cruces», los «Victorinos», los «Miuras», los «Cobarrubias».

A veces tenían que trabajar en lo que saliera: unos jornales aquí, unas horas más allá: cargar camiones o carros, espigar, varear bellotas, sembrar, partir leña...

Ya en la provincia de Salamanca, concretamente en Béjar, los tres tomaron parte en la fiesta del pueblo en una corrida. El alcalde les tuvo que alquilar los trajes de luces: se hicieron unas fotografías y, durante unas horas, fueron felices. Sonreían, comían bien, bebieron buen vino; pero les lanzaron unas vaquillas que sabían latín. ¡Iban al bulto, las condenadas!

No les importó y, con el poco dinero, se plantaron en Ciudad Rodrigo, donde no consiguieron nada porque se presentaron unos novilleros de verdad, hasta viajando en coche. Pero días más tarde, en la fiesta mayor de Macotera volvieron a torear y Raúl Sánchez Cárdenas quedó muy bien: le aplaudieron mucho y brindó su segundo becerro a la hija del alcalde, que se enamoró de él.

El final fue bastante accidentado: tuvieron que salir por pies de allí, a campo a través, porque la niña se empeñó en ir a buscar a su torero a la

pensión donde se alojaron. Aquella noche Raúl tuvo que pelearse con el gitano, porqué Vicente Heredia le acusó de todos sus males.

Los dos se dieron una buena paliza, pero siguieron los tres juntos, porque como decía el gitano:

—Así, cuando no es uno, es el otro el que les quita el hambre a los otros dos.

Y además, podían formar cuadrilla. Era otra ventaja.

Cuadrilla también de ladrones, porque en esta viña del Señor tenían que robar de todo: gallinas, conejos, frutas, verduras, alguna que otra cosilla, que después vendían en el pueblo más próximo.

En una ocasión, Vicente Heredia se presentó con un traje de pana completo, y hasta luciendo un viejo reloj con cadena de oro. En aquellos bolsillos había tabaco, una navaja y hasta una vieja cartera de piel, con algunos billetes dentro.

La explicación que les dio a sus compañeros de fatigas fue muy divertida:

—Un palurdo, ya bastante viejo el tío, le estaba arrimando candela a una joven campesina, junto a un ribazo. El tipo se desnudó para mejor realizar la faena y, como estaban tan entretenidos, no vieron que poco a poco me fui acercando. ¡Le dejé en pelotas vivas, hermanos!

—Larguémonos —temió Pepote—. Si va a la Guardia Civil...

—¡No irá! —rechazó el gitano—. La chica era casi una niña y no querrá escándalos.

—Pues le ha salido cara la fiesta —opinó Raúl.

En otra ocasión, Raúl consiguió torear en Ledesma. Habían vuelto a empeñar los estoques en Vitigudino y para despachar a los dos chotos tuvo que utilizar un mohoso sable de un viejo militar retirado que había en el pueblo; pero tras unos soberbios naturales, varios redondos y de pecho que levantaron polvo con tantas palmas de los asistentes, asestó a los animalejos dos magníficas estocadas en todo lo alto, en la misma cruz.

Cayeron redondos, sin necesidad de puntilla.

Raúl se vio en hombros por todas las calles de aquel pueblo y aquella noche también se dieron un festín. Vicente se puso malo de tanto tragar y beber y se pasó el resto de la noche vomitando.

—¡Eres un cerdo! —le reprochó Raúl.

—Y tú un niñaco señoritingo —objetó el calé.

Le largó un guantazo de campeonato y Pepote tuvo que separarles una vez más. Les echaron de la pensión por escándalo y con las claras del alba tuvieron que seguir camino.

—¿Adónde ahora, gachos? —quiso concretar el gitano—. Más al norte les gustan menos los toros. Raúl ha mandado la mitad del dinero a su madre y hermanas. ¡Ya me diréis!

—¡Lo gané yo! Ya estamos hartos de mantenerte.

—No te sulfures, o te arreo un navajazo.

—¿Tú a mí, vago?

—Haya paz —intervino una vez más Pepote—. ¡Siempre estáis discutiendo y peleando, leñe!

—¿Por qué no volvemos sobre la ruta? Ya nos conocen y puede que encontremos algo.

Pepote aceptó la idea de Vicente y Raúl tuvo que aceptar también.

En el fondo, le daba igual.

Y otra vez a la inversa: Vitigudino a desempeñar los estoques, a la capital y de Salamanca a Ciudad Rodrigo, a Macotera, a Béjar, donde se perdieron colándose en la provincia de Ávila, llegando así a Arenas de San Pedro, donde nuevamente Vicente Heredia propuso:

—¿Por qué no nos acercamos a Madrid? ¡Es la capital de España y dan mucho toro!

—Allí solo torean las figuras —opinó Raúl.

—¿Y tú no lo eres, niñaco? Sabes más de toros que Mazantini, Domingo Ortega y el mismo Cordobés juntos.

—Olvida lo de niñaco —le recordó Raúl.

—Está bien, «Maravillas», no te enfades otra vez. ¡Lo eres con un capote en esas manos que Dios te ha dado, Raúl!

—«Maravillas» —repitió aprobatorio Pepote—. ¡No está mal, Raúl!

—Me gusta más mi apellido.

—¿Sánchez? —pareció burlarse el calé—. Hay mucho de eso en toda tierra de garbanzos, hombre.

—Pues anda que Heredias...

—¿Qué pasa con mi ilustre apellido? Viene de Antonio Vargas Heredia, ese que citó no sé qué poeta famoso.

—García Lorca.

—¡Lo dicho! Eres un señorito que lo sabes todo, gachó.

Quedaron en que irían a Madrid, pero les resultó fatal. En una gran ciudad como aquella ellos tenían menos defensas. En el campo había más oportunidades para ir tirando. Un trabajo fijo tampoco les interesaba, porque eso les iría, poco a poco, apartando de la afición, como decía el gitano.

—Lo del toro requiere sus sacrificios —les aseguraba—. Es sangre, oro... ¡y gloria!

—Ya estás con tus frases —le reprochó Raúl.

—Soy un poeta, ¿o no? Y si los toros dan cornadas... ¡Más las da el hambre!

—De eso nos sobra, Vicente.

—¿Y qué, Pepote? El hambre agudiza el ingenio.

—Pues tenemos que agudizarlo porque ya no nos queda ni un duro.

Vivían en una chabola, en el extrarradio de la ciudad, donde otros muchos desheredados como ellos se construían míseras viviendas y también las pasaban canutas, como decía el calé. Estaban ya cansados de pedir oportunidades, bien en la Plaza de Carabanchel, o en la de Las Ventas, en el mismo Madrid, el coso taurino mayor de España.

Había otros muchos aspirantes como ellos.

Algunos torerillos, hasta con buenos padrinos.

Una tarde, aprovechando el bullicio de la gente en una corrida con buen cartel, consiguieron colarse en la Plaza de las Ventas y, en el cuarto toro de la tarde, muy decidido, Raúl Sánchez Cárdenas consiguió lanzarse desde uno de los tendidos al ruedo.

Los subalternos del espada, que estaba quedando fatal, realizando *espantadas* y negándose a verle la cara al toro, al instante se lanzaron a correr tras él, ante el clamor general del público. Pero Raúl corrió más y se plantó ante aquel enorme zaino, negro brillante, cornalón de astas muy voluminosas, *ahormado* como diría un entendido porque embestía recto y tenía la cabeza muy bien armada.

Al primer pase que le dio con la franela que llevaba bajo el brazo, demostró que no se trataba de un valiente que solo exponía su valor y voluntad. Había algo más en la estilizada figura de aquel joven que consiguió enlazar dos pases por bajo con otros dos por alto, rematando con un pase de pecho y un saleroso desplante, muy torero, aguantando lo indecible.

Allí había, además de un valor suicida, ¡arte!

Las palmas empezaron a echar humo en los tendidos. La plaza entera, quizá por el contraste de lo que hasta entonces había presenciado, se le entregó de lleno Aunque, naturalmente, las peticiones de los entusiastas para que le permitieran seguir, no fueron escuchadas.

No obstante, en su rabia, Raúl logró soltarse y los banderilleros que ante la proximidad de la fiera, tuvieron que correr por el ruedo, mientras el loco espontáneo ejecutaba a dos manos dos ayudados de los redondos.

Al fin, uno de los peones logró sujetarle fuerte y Raúl pronto se vio rodeado por trajes de luces, que a trompicones le arrastraron hasta la barrera. Allí también se vio bien sujeto por unos guardias de uniforme, en el cumplimiento de su deber totalmente ajenos a la gran ovación plaza.

—¡Vamos, chaval! ¡Hoy dormirás en una celda! —se sentenció una voz.

Nada le importaba, y menos cuando alguien más comentó junto a él:

—¡La formaste, muchacho! ¡Escucha cómo te despiden!

—¡Les has vuelto locos!

Flameaban pañuelos, el público estaba en pie y el coso de Las Ventas

de Madrid vibraba de entusiasmo. Era un clamor general que no cesaba hasta que, pasillo al fondo, el ruido iba quedando amortiguado.

Unos empujones y al furgón de la policía.

Su esfuerzo había sido en vano. Y ahora encima tendría que pagar una multa.

Se moriría de tristeza en aquel calabozo, pero al menos le quedaba la satisfacción de haberlo intentado.

El triunfo es para los audaces. Y a él, a Raúl Sánchez Cárdenas lo que menos le faltaba era audacia. En cuanto a valor le sobraba a toneladas. Podía derrocharlo.

CAPÍTULO VII

Al otro día, en la reseña de la corrida uno de los críticos jugó a profeta y escribió comentando el incidente del espontáneo:

«En el cuarto de la tarde saltó al ruedo un espontáneo y nos sacó del sopor del aburrimiento en el que habíamos caído, poniendo en pie la plaza con su valor, coraje y arte. Raúl Sánchez Cárdenas, «Maravillas», tiene madera y ese duende especial que necesita todo matador de reses bravas. Ojo con el chaval, señores. ¡Llegará lejos!»

Los que llegaron fueron los tiburones, siempre a la caza de carnaza nueva. Los que se ofrecen como apoderados, esos vivales todo afición, dispuestos a «sacrificarse» para que salgan nuevas figuras del toreo. Los que se amontonaron dispuestos a pagar la multa, a cambio de un contrato, en exclusiva, por supuesto, en los que no había límite de fecha.

Raúl Sánchez Cárdenas se sintió abrumado, desconcertado. Él estaba dispuesto a firmar cualquier cosa. Por salir de aquel calabozo era capaz de ponerse ante un toro como una catedral de grande. Aunque su entusiasmo quedó frenado cuando el comisario le dijo:

—De cualquier manera, los quince días de arresto no hay quién te los quite, muchacho.

Y de pronto le anunciaron una visita: Eva de Bonilla, la heredera del conde de Monte-Alto, deseaba verle. El detenido empezó a ponerse nervioso y deseó confirmar:

—¿Está en Madrid ella, señor guardia?

—Está aquí, arriba. Te espera.

—Oiga... ¿No... no podría afeitarme un poco, señor guardia?

—¿Y hacerles esperar? Por lo visto es gente gorda. ¡Ha traído una buena recomendación!

—¿Es que no ha venido... sola?

—¿Y yo qué sé? A mí solo me han pasado la orden.

Raúl sintió vergüenza por su facha. Sus ropas no eran muy elegantes y estaban sucias, gastadas. A la camisa le faltaban los botones y necesitaba una buena lavada. Cuando le sacaron del ruedo a empujones, había perdido uno de los zapatos; precisamente el que no tenía el agujero en la gastada suela.

Y hacía un siglo que no se cortaba el pelo...

—Anda, vamos arriba.

—¡Espere, por favor!... ¿No... no podría decirle que no estoy aquí, que ya me han soltado?

El guardia sonrió, insistiendo:

—Arriba, hombre. ¡No vas a ningún baile de gala!

Le llevaron a un despacho, donde el comisario que ya le conocía se apartó de la mesa anunciando a la visitante:

—Les dejo solos, señorita. Ya nos avisará.

Raúl no reparó en el guiño malicioso del comisario al pasar ante él. Toda su atención se centró en la hija del conde de Monte-Alto, tan elegante, bonita y sugestiva como siempre. Eva le sonreía, pero sus grandes ojos intensamente negros miraban al pie sin zapato del joven detenido que al fin escuchó en amable reproche:

—¿Pero qué locura es esta, Raúl?

—No... No ha debido venir, señorita Eva.

—¿Y por qué no? Estaba con mi padre y unos amigos en la plaza. Pasamos una temporada en Madrid y... ¡Vi lo que hiciste, loco!

Raúl nada objetó: estaba muy preocupado, con un solo zapato ante ella y aquel sucio calcetín, que mostraba algunos agujeros. No sabía cómo esconder aquel condenado pie.

—Anda, hombre. ¡Acércate! ¿Por qué no te sientas en esa silla, ante mí?

—No... no estoy cansado, señorita.

—Deja de llamarme señorita. Nos conocemos desde hace años, ¿no?

—Yo... yo a usted sí: cuando la veía pasar montando a caballo.

—Y yo a ti. ¡Pero siempre me huías!

Y al instante, con jovialidad espontánea, sonriendo divertida:

—¿Te acuerdas cuando te vi, bañándote en el arroyo?

Raúl se atrevió a confirmar con la cabeza, ruborizándose.

—¡Estabas totalmente desnudo, como los gitanillos cuando se bañan en el río.

—Por... favor...

—¿Qué edad tenías entonces?

—No sé... Catorce... o quince. No me acuerdo.

—¿Te sientas o no?

—No... No puedo, señorita. Ten... tengo que volver abajo. Me han dicho que no...

—¡Mentira! Ya oíste al comisario. Podemos hablar todo el tiempo que queramos.

—¿Y de qué vamos a hablar usted y yo, señorita?

—¡Y dale con lo de señorita! ¡Qué pesado de pones, Raúl!

Fue ella la que se levantó y acercándose le ofreció las manos bien

cuidadas y de piel fina, al proponer:

—Dime por qué quieres ser torero.

Al contacto de aquellas manos, Raúl sintió más miedo que cuando se ponía delante de un toro. Una corriente eléctrica le sacudió la columna vertebral y soltándolas con brusquedad, se dio la vuelta y dándole la espalda a la muchacha estalló:

—Déjeme, Eva, por favor... ¡No me avergüence más!

—Mírame, Raúl... ¿De qué tienes que avergonzarte?

Nuevamente giró y al quedar frente a ella exclamó:

—Parezco un... un pordiosero.

—Yo solo veo que eres un chico muy alto, muy fuerte... ¡Y muy guapo!

—Por favor... —volvió a suplicar.

—Sí, sí... —insistió ella, siempre divertida—. ¡Muy guapo! Tienes ojos de moro... ¡Y hasta diría que de príncipe árabe!

—¿Se está burlando?

—He venido para sacarte de aquí, Raúl. Unos amigos míos hablarán con el gobernador militar de Madrid y mañana mismo te pondrán en libertad. El genera! Gutiérrez es amigo de mi padre.

—¿Y lo sabe él?

—¿Quién, mi padre? Bueno... No le he dicho nada. ¡Pero mis amigos te sacarán!

Se puso a abrir el bolso, sacó un sobre de allí y añadió, siempre vivaz y segura de ella misma:

—¡Ah! Y otra cosa: cuando salgas vas a estas señas y allí te atenderán. Mi teléfono está ahí dentro y me llamas. ¿De acuerdo?

—No... no sé si debo... Yo...

—Déjate de pamplinas, hombre. Somos amigos, ¿no, Raúl?

—Es usted muy buena, Eva.

—¡Qué barbaridad! Mi padre dice todo lo contrario.

Otra vez ofreció la mano, anunciándole:

—Y ahora me voy, veo que te sientes molesto con esta facha... Verdaderamente, estás hecho un adefesio, chico.

—Tengo otras ropas, pero... me pilló con estas y...

—Ya, ya... No dejes de llamarme, ¿eh? Me tienes que explicar todo eso de querer ser torero y esas gaitas. ¡Qué tontería! Con la pupa que debe hacer cuando uno de esos bichos te mete un asta en el cuerpo.

—Un amigo mío dice que más cornadas da el hambre.

—Tú no pasarás más hambre, Raúl. Te buscaré un buen empleo... O volverás a la finca.

Aquella vez sí que estrechó la mano de la muchacha, reteniéndola con efusión y sincero agradecimiento entre las suyas, mientras manifestaba:

—Es usted un ángel, Eva.

—¡Qué ángel ni narices! —rechazó ella—. Soy una mujer... ¡Y tú me gustas, Raúl!

Quedó muy serio y reconcentrado, viéndola salir por aquella puerta, con su andar rítmico, firme, seguro.

Un caminar que hacía más sugestivo su cuerpo...

* * *

Se trataba de la pensión «Ambos Mundos», en la calle Montera, muy cerca de la Puerta del Sol y, por alguna razón que a lo primero se le escapó, allí solo se hospedaban deportistas, gente del teatro y un par de guapas mujeres que lucían sus encantos en un cabaret de Madrid.

Hasta había un negro de Guinea, que también pretendía ser torero.

Raúl le miró fijamente, cuando aquel tipo le confesó:

—Yo también tengo una amiga que me protege, ¿sabes? Cuando esa chica tan elegante se plantó aquí para concertar tu hospedaje con don Paco, me dije...

—¿Quién es don Paco?

—El dueño de la pensión. Un asturiano que tiene tierras en su pueblo. ¡Por eso se come tan bien aquí!

—¿Qué tiene que ver eso?

—¡Hombre! Le traen muchas cosas de allí. Chorizos, jamones, butifarras... Todo de matanza propia. Le gustan los deportistas y la gente alegre de la farándula. Eso a don Paco le va muy bien.

—¿Por qué?

—¡Ya sabes! Somos gente bohemia e inestable. Hoy tenemos dinero y mañana ni un duro. Pero don Paco nos ayuda: a uno le compra el reloj, un collar, una sortija, los gemelos de oro. ¡Lo que sea! Luego, si vuelves a tener dinero, lo recuperas.

—¡Ya! Un prestamista, ¿no?

—Algo así; pero nos vamos apañando.

Aquel negro bribón, aspirante a matador de toros, hizo una estudiada pausa y susurrante añadió:

—Por cierto... ¿No me podrías prestar mil pesetas?

—¡No!

—¿Y no te interesa mi reloj?

—¡No!

—¿Ni esta sortija?

—¿Vas a hacerle la competencia a don Paco?

—¡Chist! No le digas nada de esto o me echa... ¡Le debo varias semanas!

El negro se escurrió por el pasillo hacia su habitación, con los gestos y los movimientos pintureros de ponerle un par de banderillas a un toro

imaginario. Raúl fue hasta el fondo en busca del teléfono y marcó el número que le había dado Eva.

Pero no estaba.

Le dijeron que podía llamar más tarde.

CAPÍTULO VIII

El hombre era grueso y corto de estatura, vistiendo muy ostentosamente, con una pretendida elegancia que no lo era. En sus manos pequeñas y regordetas lucía un par de anillos también muy llamativos, que parecían de oro, pero que no lo eran, lo mismo que las piedras: brillantes falsos.

Don Demetrio Páez era andaluz y eso sí que era de pura ley: nada menos que del barrio de Triana, de la misma Sevilla. Siempre se había dedicado al mundo del toro y entre los aficionados se le conocía más por «El Tijeras»: eso le molestaba, quizá porque allá, por sus años mozos, se había dedicado a «afeitar» los pitones de los toros que iban a lidiar sus amigos, ciertos matadores a los que les gustaban las corridas cómodas.

Pero eso fue tiempo atrás: ahora «El Tijeras» presumía de empresario y como tal se presentó a Raúl Sánchez Cárdenas, a quién dijo así que le estrechó la mano:

—Me gusta eso de «Maravillas», muchacho. Yo haré que lo seas y conmigo te vas a inflar a torear. ¡Tengo muy buen ojo para esto, Raúl!

Prácticamente no le dejó hablar, ni opinar. Se puso a desplegar su plan de acción, asegurándole todas las novilladas que hicieran falta en provincias.

—Primero plazas fáciles. ¿Entiendes? Te llevo al Norte y allí te despachas unos cuantos novillos. Luego a los pueblos de Salamanca y Badajoz, para al poco ir al Sur. ¡A mi Sevilla! No en la Maestranza, desde luego, pero sí en Utrera, Carmona, Marchena y Osuna. ¡Todas son plazas mías!

—¿De usted, don Demetrio?

—Bueno... Quiero decir de amigos míos, hombre. ¡Yo soy un hombre de muchas influencias en todo esto, Raúl! ¡Palabra!

—En eso confío...

—Tú a lo tuyo y me dejas a mí. ¡Antes de un año, tomas la alternativa aquí, en Madrid!

—¿Usted cree, don Demetrio?

—¡Por mí mare que sí! ¡Palabra!

La mano regordeta que lucía los dos anillos falsos se acercó a la boca de aquel hombre, quien inclinándose le susurró:

—Además... Tengo «untados» a un par de periodistas taurinos que te harán unas crónicas de rechupete, tío.

—Pero eso...

—Las cosas se hacen así *chalao*... Ahora sí: tú a arrimarte y a cortar orejas, ¿estamos?

—Por mí no quedará, don Demetrio.

—¡Eso me gusta! Por lo que te he visto apuntar la otra tarde, te lo aseguro, Raulillo. ¡Harás maravillas! ¡Te lo digo yo!

—Solo le quería pedir una cosa, don Demetrio. Tengo un par de amigos que...

—Eso está hecho —aprobó con su desbordante optimismo—. Pero aquí, el apoderado soy yo. ¡Quede bien claro!

—Sí, don Demetrio.

—Ese par de golfos pueden venir con nosotros. Uno de mozo de estoque y el otro, el gitano... ¡De lo que sea!

Habló de muchas otras cosas pero, al final, se firmaron los papeles, tal como dijo «El Tijeras» en su típica forma de hablar.

Y una nueva fase empezó en la vida de Raúl Sánchez Cárdenas, el «Maravillas».

* * *

Triunfó en todas las plazas en las que plantó sus zapatillas de raso. Y desde la primera novillada que toreó, hasta la última de la temporada, Raúl Sánchez Cárdenas se impuso, además de matar al eral, y hasta cuajados utreros de cuatro años, la obligación de cumplir él solito con el segundo tercie Esto es: poner los tres pares de banderillas.

Los que componían su terna estaban encantados con él. Realmente, aquel torero era una auténtica maravilla; no solo les ahorraba trabajo, sino que a la par les reducía el peligro.

Raúl lo hacía porque, desde la primera vez que se vistió en serio el traje de luces, interiormente se hizo una composición de lugar. Cada vez que saltase al ruedo, en el momento mismo de pisar la arena, debía salir dispuesto a darlo todo, a arriesgarse al máximo, a entregarse, con todas sus ansias, en las tres partes que se componía la lidia.

Y lo hacía en los tres tercios, en el de picas, tras capear a la fiera nada más salir del toril, llevándole él mismo a los caballos e interviniendo lo más posible en los quites, para en el segundo poner los seis rehiletes y seguidamente empezar el trasteo con la muleta.

Todo se reducía a un solo deseo: O triunfaba cortando trofeos, o se dejaba la vida allí.

Aquel era su «oficio» y lo había decidido así.

Tenía prisa: mucha prisa por alcanzar la cumbre de la gloria.

En las tardes aciagas de hambre y miseria, con su gracejo especial de gitano andaluz, Vicente Heredia había acertado a resumir lo que debía ser la vida de un auténtico matador de toros: SANGRE, ORO Y GLORIA.

La sangre, de las cogidas que preveía; el oro por el dinero que tenía que ganar; la gloria para sentirse al fin triunfador.

Su destino había determinado que él naciese pobre, hijo de una madre con orgullo y dignidad, que se negó al camino fácil y luchó siempre por él con la bravura y el coraje de una leona. Posteriormente también se plegó a un hombre del que no estaba enamorada, para que él tuviese el apellido que le negó su legítimo padre.

Habían sido muchos años de esfuerzo y tesón, aunque solo fuese para ir tirando. Llegó el tiempo en él que tuvieron que desarraigarse del único lugar que conocían, pero también supieron hacerlo con la frente alta.

Ahora el relevo le había tocado a él. Su madre y sus hermanas esperaban confiadas y por eso, como se decía vulgarmente, tenía que agarrar al toro por los cuernos.

Si era preciso estaba dispuesto a hacerlo. Arrojaría la capa o las banderillas, lanzaría lejos de él la muleta y la espada y se pondría a triunfar sobre la fiera agarrándose firmemente a sus astas.

Si moría en el empeño, tanto peor.

Mala suerte...

Pero si triunfaba, si de verdad alcanzaba la gloría... ¡Lo habría determinado así él!

Sería dueño de su destino.

Por otra parte, morir más temprano o más tarde, era cosa de poca importancia. Lo que importa es morir bien o mal. Y morir bien es, por otra parte, huir del peligro de seguir viviendo mal... míseramente.

¿Y no era mejor morir bien, entregándolo todo en el ruedo, que vivir como él siempre había tenido que hacerlo, humillado y siendo un don nadie?

No era soberbia; más bien era ponerlo todo en el platillo y exponer su vida a cambio de lo que anhelaba.

El miedo tenía que olvidarlo, desterrarlo lejos de él. Porque el miedo es el más ignorante, el más injusto y el más cruel y vergonzoso de todos los consejeros.

Cuando llegaba la suerte suprema y buscaba con la punta del estoque la colocación correcta para hundirlo en la cruz, en el centro superior de las agujas de la fiera, formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados con la prolongación de la línea del espinazo hacia adelante, siguiendo su misma dirección y teniendo los filos de la hoja horizontales, él no se conformaba con terminar con el rival de la pelea de cualquier manera.

Raúl Sánchez Cárdenas debía hacer honor a su apodo de «Maravillas» y realizar la suerte a la perfección.

Según los cánones del toreo DEBÍA pinchar en todo lo alto y hundir el estoque hasta la empuñadura.

Él no se contentaba con el típico volapié a toro parado arrancando los dos al tiempo.

Lo más seguro para que rodase el bicho sin puntilla, sin tener que tomar el estoque del descabello para seccionar al toro la médula espinal en su arranque, junto a la nuca, era citarle moviendo la roja muleta y esperar inmóvil, en lo que se llama «recibiendo» a la fiera, para recetarle una *estocada de ley.*

Todas las grandes figuras del toreo que lo habían hecho así, a la larga habían triunfado; porque el público sabe apreciar cuando el espada se entrega, de tal modo, que en aquellos supremos instantes decide matar... ¡o morir!

Es la esencia misma de la fiesta brava. La emoción que se transmite a los tendidos donde, al no sentirse defraudada la gente, clama, ovaciona, aplaude y se pone en pie sacando los pañuelos para pedir los merecidos trofeos para el triunfador.

Allí está el ídolo vestido con traje de luces que no ha pretendido engañar a nadie, ni a él mismo. Que ha sido consciente del papel que le toca representar y que no ha buscado «aliviarse» con una estocada pasada o trasera, delantera o pescuecera, media o con un simple pinchazo. Ha sabido aguantar, y cuando las mulillas se lleven a rastras a su rival, tendrá que salir a saludar y en medio de la atronadora ovación dar una o dos vueltas al ruedo, en espera de los simbólicos galardones de una o dos orejas o hasta el rabo de la fiera.

Naturalmente, antes y durante la faena de muleta, que nunca debía durar más de quince minutos, el diestro debía realizar toda suerte de buen lucimiento, desde el inicial trasteo y el tirón para colocar la res en el sitio debido, iniciar los pases; por bajo, por alto, los naturales, en redondo, de pecho, pases de la muerte, ayudados por bajo y por alto, «manoletinas», y todo lo que el matador tenga de cosecha propia, personal, intransferible.

Raúl Sánchez Cárdenas, «Maravillas», tenía mucho de ese toque personal, único, que nadie le podía copiar. Su misma figura, alta, estilizada y con ritmo torero al andar, le daba una prestancia inconfundible, completada con un rostro anguloso, muy masculino, con un brillo gris en sus ojos que parecían retar al mundo.

¿O acaso la vida para él no era un constante desafío?

A don Demetrio Páez no le costó mucho promocionar a su protegido. Ni tuvo que untar a ningún gacetillero taurino para que, en sus crónicas y artículos, le pusieran por las nubes.

—«Maravillas» se basta él solito, para alcanzar los cuernos de la luna cada tarde —solía decir muy satisfecho «El Tijeras».

Con lo único que no estaba de acuerdo con su pupilo era con el mujerío que siempre le acosaba: en los hoteles donde se alojaban; en los viajes por

ferrocarril, o en coche; antes y después de las corridas; en las cenas, los banquetes o ruedas de prensa.

En todas partes, siempre había junto a Raúl una mujer que seguía al ídolo, que se desvivía por él, que le mimaba con su adoración, por lo que realmente representaba el joven novillero, o por él mismo.

La fama tiene eso: como las lámparas de luz, atrae a las mariposas aunque, muchas veces, se queman las alas con lo que las deslumbra.

El eterno acompañante, que servía para todo, el gitano Vicente Heredia, era quien se atrevía a plantarle cara al grueso y bajito apoderado —que ya no lucía anillos con brillantes falsos, porque se había comprado tres auténticos— excusando al amigo:

—Déjele, «Tijeras». ¡El chico tiene derecho a divertirse un poco!

—Es que... ¡Me lo van a estropear! ¡Y no me llames así, Vicente!

—Como quiera, don Demetrio... Pero yo digo que, las mujeres, son el vino y la sal de la vida. ¿No sabe que, para ellas, los que triunfan son los tipos más adorables? ¡Pues Raúl es un triunfador, leñe!

—Tú a callar, gitano. ¡Bien que te arrimas a todas las juergas!

—Raúl es mi amigo. ¡Nos conocemos desde chiquitillos!

Vicente Heredia mentía doblemente; ni conocía a Raúl desde niños, ni jamás habían conseguido ser amigos. En el fondo le detestaba, porque le envidiaba. Y en cuanto a los sentimientos de Raúl hacia él, simplemente le toleraba, por los tiempos en que, junto al bueno de Pepote, ahora convertido en su mozo de estoque, los tres habían tenido que vagabundear por ahí, con el hambre y la miseria siempre de compañeras.

Cuando se cerró la temporada taurina y «El Tijeras» se quedó en Madrid, para diligenciar en la próxima alternativa de Raúl como matador de toros, el famoso novillero tomó el avión rumbo a San Pablo, el aeropuerto de Sevilla. Desde allí alquilaría un coche para plantarse en Cazalla de la Sierra e ir a casa de su tía, para abrazar a su madre y a sus dos hermanas.

Pepote y hasta Vicente iban cargados de paquetes y el gitano comentó, con su gracejo andaluz:

—¡Osú! Parecemos los tres Reyes Magos, gachos.

Raúl sonrió feliz.

Parte de sus sueños se estaban cumpliendo.

CAPÍTULO IX

La que sí creía vivir entre sueños era Soledad Cárdenas. No llegaba a creer que aquel buen mozo, ahora tan elegante y risueño, tan famoso y al que parecía sobrarle el dinero que se gastaba a manos llenas con ellas, fuese realmente su hijo, su adorado Raulito.

Plena de legítimo orgullo, no obstante, una tarde que paseaba a solas con su hijo exclamó:

—¡Ay. Raúl! Siempre se interpone algo entre nosotros y lo que creemos nuestra felicidad.

—¿Por qué dices eso, madre?

—No lo puedo evitar, hijo: ahora siempre vivo temiendo.

—¡Qué tontería, mujer! Torear es fácil.

—¿Fácil? —repitió la madre, con reproche—. ¡Te juegas la vida!

—Otra bobada: cuando a uno le pilla el toro es porque te has equivocado tú, nunca él. Y ya sabes que me conozco muy bien a esos bichos. Para mí es igual que practicar un deporte. En estos hay muchos que son arriesgados.

—Sí, pero...

—No hablemos de eso, madre, por favor.

Como siempre, una vez más, Soledad Cárdenas se plegó a los deseos de los otros. Y para cambiar de conversación apuntó risueña:

—¿Te has fijado en tu hermana, hijo?

—Sí, madre: Inés ya está hecha una mujercita.

—¡Tiene novio!

—¡No me digas!

—Sí. Él es un chico muy majo: estudia para abogado y pronto terminará la carrera.

—Tendrá que presentármelo Inés.

—Lo hará muy orgullosa. ¡Ya lo verás!

La tarde invernal caía y tras breve silencio la madre se interesó, aparentemente jovial, pero vivamente preocupada:

—¿Y tú, Raúl? ¿Qué tal andas de amoríos, hijo?

El joven novillero sonrió, apareciendo en su rostro un leve tinte de nostalgia. Miraba al campo sintiendo en el brazo el peso del de su madre y sus ojos grises parecían como pretender acariciar cada árbol, cada matojo, cada brizna de hierba. Al fin musitó:

—Voy tirando, madre... Casi no tengo tiempo para eso, mujer.

—¡No mientas! Bien que te vemos en las revistas, siempre rodeado de

mujeres. Martita las recorta todas y está haciendo un álbum con todas esas fotos.

—No se lo permitas; los periodistas lo exageran todo.

—Ya conoces el refrán: «Cuando el río suena, agua lleva», Raúl.

—A mí solo me interesa el toro, madre. ¡Llegar más arriba! ¡A lo más alto!

—Pues va de refranes, hijo: «Lo mucho se vuelve poco, con desear un poco más».

—¿No deseas que llegue a matador de toros?

—Lo que yo deseo es que vivas, hijo. ¡Que vivas!

—No vuelvas con las mismas, madre. A mí nunca me pasará nada.

—¿Por qué estás tan seguro?

—¡Te lo he dicho! Conozco como nadie el ganado, madre.

Y para tranquilizarla añadió, en alarde de sus conocimientos:

—Escucha, por su conformación, proporciones y estado de carnes sé cómo van a comportarse en la lidia. Verás: un *acochinado* es el gordo y rechoncho, que siempre es lento en las embestidas: un *leonado* es el que va cargado del tercio anterior, lo que quiere decir que será débil con los caballos, cuando reciba las picas: los hay altos y bajos de *agujas,* según la elevación de la cruz, y eso me indica cómo he de estoquearles.

Raúl se tomó un respiro, pero añadió para convencer:

—Según su comportamiento en la lidia se le llama *abanto*, al que no va por el engaño, bufa y se va: *ahormado*, al que embiste recto y tiene la cabeza bien armada: *apurado, aplomado y blanco*, al que abandona los caballos apenas nota el hierro: *boyante* al noble y franco en la embestida: *desigual, empapado y furioso* al bravo con rabia. Y *manso o marrajo* los que acometen a golpe seguro.

—¡Qué barbaridad, hijo! Cuánto sabes.

—Y también hay los *revoltosos* que se revuelven deprisa y con facilidad. Así como los *secos* que derriban al caballo de una sola acometida.

—¿De qué te sirve eso, hijo?

—A cada cual hay que darle su lidia, madre.

—Sí, sí... ¡Pero todos tienen buenos cuernos!

—No lo creas; por ejemplo, los *carnigachos* tienen los cuernos bajos de nacimiento y dirección, y es muy difícil que te alcancen con sus pitones.

—¿También te guías por eso?

—Lo principal es la casta, madre. Pero la forma de las astas también cuenta, claro. Y yo lo tengo presente todo.

Soledad Cárdenas miró complacida a su hijo y ponderó:

—Estás hecho un entendido, un «doctor» en tauromaquia, Raúl.

Él sonrió y pasó una mano por su hombro.

—Has dado en el clavo, madre. Precisamente los de la cuadrilla y mucha gente llaman «maestro» al matador.

—Y tú eres un «maestro».

Raúl movió negativamente la cabeza.

—Todavía no lo soy porque aún no me han dado la alternativa. Pero si todo va bien, me la darán en Madrid en cuanto empiece la próxima temporada.

Ella le miró asustada.

—¡Dios mío! Entonces tendrás que lidiar toros enormes...

—¿Y qué, madre?... Hemos convivido con ellos durante muchos años en la dehesa del conde.

La mujer frunció el entrecejo.

—Hablando del conde...

—¿Qué pasa con él? —se alarmó Raúl.

—Con él nada...

—¿Entonces...?

—Es con su hija.

—¿Qué pasa con ella?

La mujer le miró a los ojos en forma escudriñadora.

—Verás... ¿Recuerdas que te dije que tu hermana colecciona los recortes en que sales fotografiado con mujeres...?

—Claro que lo recuerdo, pero ¿qué tiene que ver eso con la hija del conde?

—En varias fotos se te ve con ella.

—Bueno... Nos vimos en Madrid.

—¿Nada más?

—Es una muchacha excelente y desde que empecé a torear viene a verme casi siempre que tengo corrida.

Soledad miró suspicaz a su hijo.

—¿Y han sido muchas esas veces?

Él se encogió de hombros, tratando de fingir indiferencia o desinterés.

—No lo sé, madre. No recuerdo bien. En Bilbao, Barcelona, Valencia... Y en la plaza de Talavera de la Reina, en Toledo, coincidiendo con su fiesta mayor. Por lo visto Eva estaba allí con unos amigos, vio mi nombre en el cartel de la novillada y se plantó en la plaza para verme.

Un tanto pensativa, Soledad Cárdenas empezó a decir:

—Sé prudente, Raúl, hijo.

—Lo soy, madre. Sobre todo con los toros.

Ella hubiese querido decirle que las mujeres podían ser más peligrosas que los toros. Pero había algo más peligroso, aunque de eso, precisamente, no podía hablar.

Soledad no podía decirle a su hijo la verdad en lo que a él concernía.

Por eso se limitó a simples vaguedades.

—Una mujer así no te conviene... Pertenece a la aristocracia. Está muy alta para ti.

—Pero si solo somos amigos, madre.

La mujer sonrió con tristeza.

—Te diré otro refrán pueblerino: «La mujer es estopa y el hombre yesca: viene el diablo, sopla... ¡y todo arde!». ¿Comprendes?

—Son otros tiempos, madre. Eva es una muchacha muy cabal.

—¡Y muy «moderna» también, hijo! Siempre anda viajando por ahí, con sus amigas y amigos.

—Tranquila, mujer. Primero quiero ser matador de toros. Luego... ¡ya pensaré en esas cosas!

—¿Volvemos?

—Como quieras, si estás cansada.

—No, no me canso: sabes que soy fuerte. Pero he dejado sola a la tía y...

—¿Qué tal os lleváis con ella?

—Yo muy bien. Y las chicas lo mismo. Ahora es ella la que nos está agradecida. Con el dinero que mandas...

Hizo una pausa y recordó:

—Tío Julio no le dejó nada.

—Admítelo, madre: tu hermano siempre fue un calavera.

—¡Tú eres el que nunca tienes que olvidar cómo murió el pobre!

Llegaban a las primeras calles de la población y el joven la animó:

—Anda, madre: vamos a encargar la cena en un buen restaurante y que la lleven a casa. ¡Les daremos una sorpresa!

—Como quieras, hijo. Pero que hoy no venga a cenar ese gitano.

—¿No te gusta Vicente?

—¡No!... Ni a tu hermana tampoco. ¡La molesta!

—Hablaré con Inés... ¡Y con Vicente!

CAPÍTULO X

—Ahí tienes, Vicente: creo que es suficiente, para que te largues y no te vea más.

—¿Qué es eso? —quiso saber el gitano.

—Un cheque.

—¿Y a qué viene eso, Raúl? ¿Quieres dejarme en la cuneta, ahora que te has encumbrado?

—Quiero librarme al fin de ti. Nunca me gustaste, y lo que has intentado con mi hermana...

—¡Ah, vaya! Te habrá largado algún cuento Inés.

—No es ningún cuento, Vicente. ¡Te propasaste con ella!

—Pero *chalao*... ¿Es que no conoces a las mujeres? Son ellas las que buscan y después acusan.

—Mi hermana tiene novio. Está enamorada. Así que acepta el cheque y largo.

Vuelto hacia el otro joven que silencioso presenciaba la discusión, Vicente Heredia argumentó:

—¿Te has fijado en ese niñaco, Pepote? Ahora me quiere arrojar como una colilla.

—Eres menos que eso, además de un desgraciado, Vicente.

—¿Y tu madre qué, chalao? A mí ningún hijo de... ¡Ay!

La exclamación de dolor fue debida al tremendo puñetazo que recibió en la boca.

Estaban en la habitación del hotel y Vicente Heredia cayó desplomado entre las dos camas. Pero cuando se incorporó su mano diestra ya esgrimía una navaja de regular tamaño.

Fue Pepote el que se interpuso entre los dos, pretendiendo sujetar al gitano al gritar:

—¡Ya basta, Vicente! Nos tienes hartos. ¡Yo también pienso como Raúl!

—¡Porque eres un pelota, un lamemanos y un besaculos! —objetó—. ¿Quién le puso a esa mierda de torero «Maravillas»? ¡Yo, yo! ¡Mía fue la idea!

—Pero es él quien sale a la plaza y corta las orejas.

—Déjale, Pepote. Te cambias a otra habitación y que se largue cuando quiera.

—¿De habitación? Me cambiaré de hotel. ¡Tampoco quiero verle más!

Furioso, sangrando por los labios y aún con la navaja abierta, Vicente

Heredia no olvidó inclinarse sobre una de las camas para guardar el cheque, aunque no sin amenazar al salir de allí.

—Puedes quedarte aquí junto a tu «amo», imbécil. ¡El que se marcha soy yo! ¡Pero por mí madre que me la pagaréis! ¡Por estas!

Un minuto después Raúl pedía al fiel amigo:

—Olvídalo, Pepote: no merece un disgusto.

—No estoy disgustado, Raúl. Nunca he podido olvidar que al pobre José le corneó aquel toro en la dehesa, por culpa de ese marrano.

—¿Cómo dices?

—Tú estabas más lejos y en la noche no lo viste. Pero José se lanzó para hacerle un quite a Vicente y entonces...

—Nunca supe eso, Pepote.

—Ni yo dije nada. ¿Para qué? Pero ahora...

—Bien: tampoco diremos nada a mí madre y mis hermanas de esta pelea. Simplemente que hablé con Vicente y se largó. ¿Te parece?

—Por mí...

—Otra cosa: tengo que ir a El Real de la Jara.

—¿A la finca donde trabajaste? ¿Para qué, Raúl?

—Me extraña tanto como a ti.

—¡Ah, ya caigo! Seguro que Eva ha regresado a la finca de sus padres y quieres verla. ¿A que sí, bribón?

—No es eso, Pepote. El que me ha citado allí es don Demetrio. Mira su carta.

—¿Y qué hace «El Tijeras» en la finca del conde de Monte-Alto?

—Ni idea... A no ser que, como es ganadero, haya ido a contratar esa divisa para mis próximas corridas.

—Eso es que te confirman la alternativa, Raúl. ¡Y nada menos que con toros de Monte-Alto!

—Sí... En cierta forma, resulta una ironía.

—¿Por qué?

—Yo me entiendo, Pepote.

—¿Quieres que te acompañe?

—No: quédate a hacer compañía a los míos, iré y volveré en coche. A mi hermana Marta le haces reír mucho.

—Es una chiquilla encantadora. Y tu madre también, Raúl... ¡Toda una mujer!

—Sí... Dios me dio esa suerte... en compensación.

—¿En compensación de qué, Raúl?

Pero Raúl Sánchez Cárdenas no contestó a la pregunta, entretenido en decir:

—Salgo pitando: hay una buena tirada hasta la finca.

—Conduce con cuidado, que aún no eres muy experto.

* * *

Le parecía extraño, pero era una realidad que no podía negar.

Allí estaban muchos rostros curtidos que, al reconocerle desde lejos cuando frenó el coche ante la gran casa de mármol blanco y ladrillos rojos, le saludaban quitándose sus raídas gorras de campesino, mirándole con cariño, pero con respeto.

Ahora era «Maravillas», el novillero triunfador y no uno de ellos.

Raúl les devolvió el saludo y la sonrisa, pero al instante tuvo que prestar atención a don Manuel Cruz, el viejo abogado administrador de la finca, que salía a recibirle muy amable y sonriente al saludar:

—¿Cómo estás, Raúl? ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Sí, don Manuel. ¡Ha llovido lo suyo!

—Estás muy cambiado.

—Será la ropa, don Manuel.

—Y otras cosas, Raúl, y otras cosas. ¡No pareces el mismo!

—Pues lo soy. Se lo aseguro.

—Pasa, pasa... Te espera el señor conde.

—¿A mí? Yo creí que me había citado aquí don Demetrio Páez mi apoderado.

—Está con el señor conde: llegó ayer.

—¿Y su hija?

—¡Como siempre! Eva creo que anda por Sevilla. O por Madrid. Solo me entero cuando tengo que enviarle dinero.

En efecto: en el amplio y lujoso gabinete le esperaban el aristocrático dueño de la finca y el bajito y regordete Demetrio Páez, más conocido por «El Tijeras». Fue el único que se levantó caminando con la mano ensortijada extendida, saludando con viva efusión:

—¡Hola, Raúl! ¿Cómo estás? ¡Te han sentado muy bien estas vacaciones!

—A usted también, don Demetrio.

Don Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, sin levantarse se limitó a cruzar sus pupilas con las del joven visitante, inclinando lenta y ceremoniosamente su aristocrática cabeza desde el fondo.

—Señor conde... —se limitó a decir Raúl.

Nada de felicitaciones; nada de comentarios por el cambio de su suerte; ni la más leve alusión, pese a los años que el joven había pasado en aquellas tierras, ni tampoco alusión a su presente.

Por lo que dijo, al señor conde de Monte-Alto tan solo le interesaba el futuro, puesto que se dignó despegar los labios al indicar a Demetrio Páez:

—Tengo algo deprisa, «Tijeras». Ponle al corriente de lo que hemos hablado, por favor.

Con una sumisión que no era nada habitual en el hombre bajito y

regordete, aceptó al instante tras leve inclinación de cabeza:

—Ahora mismo, señor conde.

Al joven le molestó bastante aquella altiva actitud del dueño de la casa, por lo que objetó mientras tomaba asiento en el otro butacón de cuero repujado, frente a la monumental mesa:

—¿Qué es lo que ha tenido que tratar con mi apoderado, señor? Que yo sepa...

Se interrumpió ante el gesto de la mano aristocrática alzada, aunque fue «El Tijeras» quien empezó a aclarar:

—Verás, Raúl... Yo no he sido nada más que un hombre de «paja» del señor conde. Yo...

—¿Cómo dice, don Demetrio?

—Pues... Que fue él quien me pidió que me hiciese cargo de ti.

—¡Repita eso!

—Así fue, Raúl... El señor conde me contrató, para que a mí vez yo fuese tu apoderado.

—¿Quiere decir que él... él...?

—Me encargué de todo —confesó secamente el interesado.

—Pero...

—Así es, Raúl —volvió como a excusarse «El Tijeras»—. Con su influencia entre bastidores todo se fue solucionando y... por eso toreaste tantas novilladas seguidas.

—Pero usted me dijo que sus amigos que regentaban esas plazas eran los que...

—No tenía permiso del señor conde para decirte la verdad. Clavando su acerada mirada en las pupilas tranquilas del dueño de la casa, Raúl casi preguntó, como un escopetazo—: ¿Y todo eso, por qué, señor...?

Don Raúl de Bonilla se encogió de hombros, siguiendo en su silencio. Era como si a él no le afectase en nada todo lo que se estaba tratando allí y le dio pie para que Raúl insistiera:

—Le he hecho una pregunta, señor. ¿Por qué?

—No te excites, Raúl. El señor conde... —volvió a intervenir «El Tijeras», apaciguador.

—El señor conde no tiene ningún derecho a regir mi vida. Y lo que hizo, aunque haya sido para mí bien, aunque tenga que agradecérselo, debió consultarlo conmigo.

Ahora sí: la mano aristocrática volvió a alzarse y su dueño manifestó, siempre con voz mesurada:

—Dejemos el pasado, muchacho. Lo que interesa es lo que vas a hacer.

—¿Y qué es lo que usted ha «dispuesto» que haga, señor?

—Ante todo, una cosa.

—Usted dirá —pareció consentir, aunque con cierta reticencia.

—Vas a jurar, por lo más sagrado para ti... que nunca más volverás a ver a mi hija.

El joven frunció el ceño, pareció reflexionar, pero terminó recordando:

—Si no me equivoco, señor, Eva ya es mayor de edad. Y a mí me falta muy poco para serlo.

—¡Eso no es ninguna razón! —pareció al fin alterarse el conde.

—Ni usted me ha dado ninguna, para que no vuelva a ver a su hija.

—Escucha, muchacho... No quiero seguir discutiendo esta cuestión. No creas que no me doy cuenta de que has cambiado mucho, que ahora te sientes más seguro de ti mismo y que, como eres tan terco como tu madre, habrás aprendido bonitas palabras para ser capaz de discutir conmigo y...

—¡Deje en paz a mí madre! —le atajó el joven—. Ella no tiene por qué ser nombrada aquí.

—Perdona, chico. Lo hice con todo respeto. No quise ofenderos, ni a ella ni a ti.

—Pero si parece olvidar que ya no puede darme órdenes, señor. ¡Me despedí y ahora soy un hombre independiente!

—Nadie te niega ese derecho, Raúl. Yo hice mucho para que lo consiguieras.

—Insisto, señor. ¡Debió decírmelo!

—¿Es que habrías rechazado mi ayuda?

—No lo sé... Como usted ha dicho, eso ya pertenece al pasado.

—Pero se trata de decidir tu presente, y también tu futuro.

—¿Cómo?

—Cumple mi única condición de no ver nunca más a mí hija, y te doy mi palabra que, nada más iniciarse la temporada, te darán la alternativa en Madrid, en la Plaza de las Ventas.

Raúl permaneció silencioso.

Era mucho lo que se estaba jugando allí, teniendo en cuenta que su máxima aspiración era llegar a ser matador de toros. La única meta que se había trazado en su vida, y por la que tantas veces la había arriesgado.

Ni por un instante olvidaba que aquel hombre podía encumbrarle, o hundirle. No solo era un rico aristócrata, con muchos millones para derrochar en lo que le viniese en gana, sino que, a la par, como ganadero de reses bravas y por todas sus poderosas influencias en el mundo taurino, con su negativa sería imposible para que él no volviese a capear ni a una cabra vieja y enferma.

Nuevamente se sentía atrapado, en las manos de aquel hombre, como cuando durante dieciocho años largos le había hecho sentir un don nadie, un simple peón con sueldo de miseria en aquellas tierras.

De cualquier manera. Raúl Sánchez Cárdenas sentía en su interior «algo» que le impedía empeñar su palabra de que nunca más volvería a ver

ni tratar a la hija de aquel hombre. Más que tozudez, era su voluntad que no quería volver a ser doblegada, manipulada, vencida.

Precisamente se había jugado mil veces la vida, para conseguir ese poder de decisión. Para determinar él las circunstancias, y que las circunstancias no le determinaran a él.

Buscando una razón se encontró exponiendo:

—¿Es que me considera poca cosa para su hija, señor?

Don Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, no tuvo ni una sola vacilación y sin ninguna piedad afirmó rotundo:

—¡Sí! ¡Muy poca cosa, Raúl!

—Acaba de decir que me hará matador de toros. Eso significa encumbrarme, ganar dinero... ¡Muchos millones, señor!

—No es una cuestión de dinero —volvió a rechazar.

—¿De clase?

—¡Sí!

—Resumiendo, señor... Que usted, con millones o no, famoso o no, personalmente me considera poco menos que una «basura». ¿No es así?

—Te considero como lo que eres, Raúl.

—¿Y qué es lo que soy para usted, señor? Aclare eso.

—Me estás cansando, muchacho.

—Y usted a mí me harta... Diré más, señor... ¡Me asquea!

Poniéndose en pie como si le hubiese picado una serpiente en las posaderas, el brazo del dueño de la casa quedó extendido hacia la puerta y bramó:

—¡Fuera! ¡Fuera ahora mismo de aquí! ¡Llévatelo, «Tijeras»! ¡Y cuanto más lejos de esta casa, mejor! ¡AHORA MISMO!

Los dos visitantes también se levantaron, pero el joven se puso a decir:

—Sin sulfurarse, señor... Ahora mismo me voy. Pero no sin decirle cuatro cosas... ¡Es usted un déspota! Un tipo que porque está podrido de millones a fuerza de explotar desde su bisabuelo a los demás, se cree con el derecho de regir hasta en la vida de su hija. Usted no sabe si Eva me quiere, no le preocupa lo más mínimo si está enamorada de mí. Solo le interesa su soberbia y orgullo.

—Llévatelo, «Tijeras»... ¡Llévatelo! —volvió a rugir el dueño de la casa.

Y los dos salieron de allí.

CAPÍTULO XI

Mientras el coche volaba por la carretera, «El Tijeras» no dejaba de exclamar, muy disgustado:

—¡Qué locura, Raúl, qué locura! No sabes lo que has hecho, muchacho.

—Lo sé perfectamente, don Demetrio: decirle cuatro verdades a ese tipo.

—Bien, pero... ¿Y ahora qué?

—¿Qué le preocupa?

—¿Y encima lo preguntas? ¡Los dos nos hemos quedado en la calle!

—Por mí parte, usted sigue siendo mi apoderado.

—Muy bien, chico. ¿Pero quieres decirme en qué plaza voy a conseguirte una corrida?

—Tengo un buen cartel, ¿no?

—Lo tienes: nadie lo puede negar. Lo ganaste a pulso y llenas las plazas. Pero si el señor conde no quiere... si le da por vengarse por todo lo que le has dicho ninguna empresa nos aceptará.

—¿Tanta influencia tiene?

—Toda la que puedas imaginar y más. Le bastará descolgar el teléfono... ¿Pero qué tienes contra ese hombre, Raúl? ¿Por qué le odias?

El joven prolongó su silencio con la excusa de tener que cambiar de marcha, pero al fin manifestó:

—No le odio, don Demetrio. Pero, no sé por qué, nunca me ha caído simpático. Será porque toda mi familia, y yo mismo, hemos tenido que trabajar durante muchos años para él.

—Pues el señor conde bien que se interesó por ti.

—Es lo que no me explico. ¿Usted sabe por qué lo hizo?

—Ni idea, chico. Solo sé que, después de la que formaste cuando te tiraste aquella tarde en la plaza de las Ventas, al poco se ponía en contacto conmigo y me hacía el encarguito.

—¿Por qué no me lo dijo usted?

—Me lo prohibió. Me dijo que nadie debía saber que él estaba detrás de mí. Aunque nunca se echó atrás cuando tuve que utilizar su nombre e influencias.

—Dígame, don Demetrio. ¿Le debemos algún dinero?

—¡No, eso no! A lo primero sí, naturalmente. Pero al poco empezaste a rendir, las plazas se llenaban y... Te he rendido las cuentas al céntimo y tú lo sabes, Raúl.

—No lo dije por eso, don Demetrio. Es que me sabría mal deberle algo

a ese orgulloso.

—Bueno en cierta forma, le debes lo que eres, a lo que has llegado. Sin su apoyo te habría costado mucho más llegar.

—Algún día también le pagaré eso.

—¿Cómo? Siempre tendrá más millones que tú.

—¡Me casaré con su hija!

«El Tijeras» dio un respingo sobre el asiento, excitándose de nuevo:

—Lo dicho Raúl: ¡Estás loco!

—Usted espéreme en Madrid y vaya preparando los pasaportes y todos los papeles. ¡Nos iremos a México!

—¡Hombre! Eso no estaría mal. ¡No es mala idea!

—Allí podré torear y en alguna plaza me darán la alternativa.

Ya empezando a hacer proyectos, el optimista «Tijeras» se puso a enumerar:

—México. Colombia. Ecuador, Perú, Venezuela... Tienes razón, Raúl.

—El mundo es muy grande, don Demetrio.

—Si sigues arrimándote y echándole ese valor y arte que tienes, si continúas cortando orejas y rabos... ¡América será nuestra!

—Por mí no quedará, don Demetrio.

—Y además, exigiremos el pago en dólares.

—Todo eso es cuestión suya, amigo. Voy a dejarle en Sevilla y allí tomará el avión para Madrid.

—¿Cuándo vendrás tú?

—No sé... ¿Le parece dentro de quince días?

—Lo digo porque allí la temporada está en pleno auge.

—Pues dentro de cinco. Quiero pasar unos días más con mi madre y mis hermanas.

—¿Saco pasajes también para esos dos?

—Solo para Pepote... A Vicente le despedí.

—¡Vaya! Ya era hora de deshacernos de ese gitano.

—Cada cosa a su tiempo, don Demetrio.

—Ya lo veo, Raúl. ¡Pisas fuerte! Sabes lo que quieres y lo vas consiguiendo. Aunque eso de casarte con la hija del conde de Monte-Alto me parece que...

—¡También lo conseguiré! ¡Ya lo verá!

Y siguió pisando a fondo el acelerador, haciendo volar al coche por la carretera.

* * *

Alguien ha escrito que en todo logro humano, en todo triunfo conseguido, más del cincuenta por ciento está basado en la paciencia, el tesón y el tiempo. Aunque el tiempo es la cosa más valiosa que el hombre

puede gastar.

Raúl Sánchez Cárdenas «gastó» dos años de su vida en consolidar su fama de matador de reses bravas en la acogedora América. México se le rindió, mientras que alternativamente en cada corrida cimentaba sus triunfos en Ecuador, Perú, Colombia y en Venezuela.

Y como había dicho don Demetrio: allí le pagaban en dólares.

Convertido en una auténtica mina de oro, muchos empresarios españoles empezaron a enviarles telegramas. ¿Por qué «Maravillas» se negaba a torear en su propio país? En España le esperaban treinta, cuarenta, sesenta corridas de las más prestigiosas ganaderías, incluyendo la de Monte-Alto.

Cuando Raúl se enteró que el señor conde de Monte-Alto ya no ponía inconvenientes para que lidiase sus propias reses, llamó a su fiel mozo de estoques y le dijo:

—Dile a don Demetrio que prepare las cosas. ¡Volvemos a España!

—¡Olé tu madre, fenómeno! Pues anda que no tenía ganas.

—Yo también, Pepote.

—Pues tú sabrás por qué no hemos vuelto antes. ¡Ni tan siquiera unas cortas vacaciones!

—Son cosas mías, Pepote.

—Siempre dices eso, Raúl.

—Tenía mis razones.

—Sí: almacenar millones aquí.

—No te quejes: te he llevado a los Estados Unidos: has visto Nueva York. Washington, Florida, San Francisco, Los Ángeles.

—Y nos hemos bañado en Rio de Janeiro y mil playas más. Pero como nuestra Sevilla no hay nada en el mundo, chico.

—Pues primero a Madrid y luego a Sevilla, Pepote. El vuelo fue directo hasta Madrid y en el aeropuerto de Barajas ya les esperaba Eva de Bonilla, la cada vez más bonita y elegante heredera del conde de Monte-Alto.

Nada más verla al bajar por las escalerillas del reactor, «El Tijeras» se persignó y se puso a clamar:

—¡Ay, mi madre!

—¿Qué le pasa, don Demetrio? —se interesó Pepote.

—¡Que ya la tenemos liada otra vez! ¿Pero es que no ves quién está ahí?

—Que no soy ciego, don Demetrio. La señorita Eva es inconfundible.

—¿Y tú sabías que han estado escribiéndose en todo este tiempo, condenado?

—Pues claro que sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Yo no me meto en esas cosas, don Demetrio.

—Pues ahora que estamos aquí y que hemos firmado esos contratos el padre de esa criatura volverá a enfadarse y... ¡Ya veremos!

Raúl se había quedado algo retrasado, pero al ponerse a la par con ellos aconsejó:

—Tranquilo, don Demetrio. Vamos para la aduana.

—¿A la aduana? Lo que tú le tienes que declarar a esa mujer nos buscará líos, Raúl. ¡Mira que eres cabezota!

—Quiero mucho a Eva, don Demetrio.

—Creí que ya la habías olvidado, gachó.

—¿Por qué?

—Bien que te has dedicado a otras mujeres, bribón.

—Como usted, como Pepote. ¿No tenía derecho también?

—¡Hombre! Escribiendo y empeñado en casarte con Eva...

Raúl sonrió: estaban llegando ante los oficiales de la aduana internacional y el funcionario indagó, ante sus pequeñas maletas de mano:

—¿Algo que declarar, señores?

—Sí, señor... ¡Ese tío trae las intenciones de un Miura!

Los funcionarios reconocieron a Raúl, aunque uno quiso confirmar:

—Usted es «Maravillas», ¿verdad?

—Para servirles, amigos.

—¿Le molesta firmarme un autógrafo, por favor?

—En absoluto.

Instantes después la impulsiva y cariñosa Eva corría ya a los brazos de Raúl, besándole efusivamente en las mejillas y colgándose de su cuello. De entre todos los que presenciaban la escena al identificar al famoso torero, el que más extrañado se quedó fue precisamente «El Tijeras».

Había algo en aquellos abrazos y besos que le chocaba. Por eso le dio un codazo a Pepote y le susurró—: ¿Has visto? ¿Por qué no la besa en los labios? Raúl nunca es tan mirado ni tan tímido con las mujeres...

—No sé, don Demetrio: será que para él esta es «especial».

—¡Y tan especial, Pepote! Es la hija de quien yo me sé y que nunca consentirá en esa boda.

Unos pasos más allá, Raúl le preguntaba a la muchacha:

—¿Cómo está el señor conde?

—Como siempre.

—¿Aún no da su brazo a torcer?

—¡Ni hablar!

—¿Le dijiste que venías a recibirme?

—Pues claro. ¡Para que rabie!

—¿Y qué te dijo?

—El sermón de otras veces, pero más largo. El pobre ya no sabía qué más añadir. Que si patatín, que si patatán, que si no me convienes, que si

soy un año más vieja que tú, que si eres un mujeriego, que si has estado saliendo con una mexicanita muy joven, guapa y rica... ¡No sabes cómo me puso la cabeza!

—¿Pero es que tanto se interesa por mí?

—No lo sabes tú bien. A veces, hasta me hace sentir celillos, Raúl. Lee todo lo que se publica sobre ti. Y no por los toros, no, sino por tu vida particular y todo lo que comentan los periodistas y las revistas sobre «Maravillas».

—¡Mira qué bien! —exclamó el torero.

Les esperaba una rueda de prensa en el mismo aeropuerto y el acosado y famoso matador de toros tuvo que atender a los fotógrafos y los curiosos periodistas, que deseaban muchas declaraciones suyas.

Uno de los fotógrafos abordó a la pareja y quiso confirmar para su reportaje gráfico:

—Dígame, «maestro». ¿Son ciertos los rumores?

—Usted me dirá a qué se refiere, amigo.

—A su próxima boda... Porque la señorita es la hija del conde de Monte-Alto, ¿verdad?

Feliz, sonriente y colgada del brazo del torero, Eva sonrió al indagar a su vez:

—Buen fisonomista: ¡Me ha reconocido!

—Por favor: no ha contestado a mí pregunta. ¿Cuándo será la boda?

—Que lo decida ella.

—¿Yo, Raúl?

—¿Por qué no, Eva? El hombre persigue a la mujer... ¡hasta que ella le «caza»!

Más fotografías, más preguntas y hasta el abrumado don Demetrio contestando:

—¡Por favor, por favor! Sobre las corridas que hemos firmado ahora no se las puedo concretar. Más tarde en el hotel, si ustedes quieren...

—¿Confirmará la alternativa en Madrid?

—Sí... Es muy posible: en la Plaza de las Ventas.

—¿Por qué ha estado tanto tiempo en América?

—¿Cuánto le pagan ahora por corrida?

La mayoría de las veces, Raúl no contestaba.

—¿Un millón? ¿Millón y medio?

—Hay rumores de que le han ofrecido dos.

—¿Es eso cierto?

Pepote empezó a cumplir parte de sus funciones al solicitar, abriéndoles camino por entre periodistas, fotógrafos y curiosos:

—Paso, por favor... Hagan el favor, se lo ruego.

Tenían reservadas habitaciones y del hotel enviaron a un chófer

uniformado, que se había hecho cargo del equipaje. Se puso a secundar a Pepote en lo que pudo ante aquel gentío, cuando al subir al coche uno de los periodistas preguntó a Raúl:

—Perdone, «maestro» pero... ¿Ha venido voluntario, o el Gobierno español ha tenido que pedir su extradición?

Muy serio, Raúl no penetró en el coche y a su vez indagó:

—¿Por qué dice eso?

—Bueno... Hace un año apareció una noticia en un diario local de Sevilla. Al parecer, una noche lluviosa un muchacho llamado José murió corneado por un toro de Monte-Alto. Se trataba de un pobre maletilla. Se le enterró y en paz. Pero tiempo después, tengo noticias de que un gitano llamado Vicente Heredia presentó una denuncia contra usted. Ya entonces estaba en México y usted nos dirá sí...

Interviniendo desde dentro del coche, con su viveza habitual en él, «El Tijeras» pretendió aclarar:

—Ese asunto ya se aclaró por medio de nuestro embajador en México. Se trataba de una ruin venganza de ese gitano.

—¿Pero fue por eso por lo que estuvo tanto tiempo en América?

Visiblemente molesto, Raúl cortó al pedir:

—¡Déjeme ya en paz, por favor!

Y el lujoso coche enviado por el hotel arrancó.

CAPÍTULO XII

El coche paró frente a la gran casa de mármol blanco y ladrillos rojos y de él descendió Eva y Raúl.

El viejo administrador don Manuel Cruz salió a recibirles y la muchacha preguntó:

—¿Cómo está?

—Hoy parece que algo mejor, señorita: tose menos.

María, la doncella principal, siempre con su uniforme negro y la cofia y el delantalito blanco, les guio hasta una de las habitaciones de la segunda planta del edificio. La criada llevó el índice a sus labios reclamando silencio con el gesto, para musitar al abrir la gran puerta:

—Esperen, por favor: voy a ver si está despierto.

—¿No está mamá con él? —quiso saber Eva.

—No, señorita: la señora condesa está en París.

Desde el interior de la habitación salió una voz al reñir:

—¿Qué haces ahí cuchicheando, María?

—Perdón, señor conde, pero su hija...

—¡Que entre!

La sorpresa del enfermo fue grande cuando vio que a su hija la seguía un hombre. Y desde el lecho, su ceño se frunció al identificar a Raúl Sánchez Cárdenas.

Por eso su saludo resultó seco y tajante al indagar:

—¿Qué haces tú aquí, Raúl?

—¿No se lo figura? —contestó el joven con otra pregunta.

—¡No!

—Dígame antes si continúa molesto conmigo.

—¡Sí!... Siempre fuiste un problema para mí.

—Díganos por qué. A Eva y a mí nos gustaría saberlo.

—No tengo por qué darte explicaciones... Aunque te hayas convertido en un personaje famoso y millonario.

—Yo sigo siendo el mismo.

—¡Yo no!... el tiempo amortigua las pesadumbres y las desavenencias, porque con él cambiamos y nos convertimos, en cierto modo, en otras personas.

—Tú siempre serás don Raúl de Bonilla, conde de Monte-Alto, papá.

—¿Por qué has traído a este hombre aquí, Eva?

—Porque Raúl necesita pedirte una cosa.

—¿El qué?

—Su permiso para casarnos —puntualizó Raúl.

El dueño de la casa quedó sentado en el lecho y furioso, blandiendo sus puños en el aire, se puso a gritar con todas sus energías:

—¡No, no! ¡Eso nunca! ¡Jamás lo permitiré!

—Soy mayor de edad, papá.

—Y yo también —volvió a puntualizar Raúl.

—¿Pero es que no lo comprendes, hija? Tú... ¡Tú no te puedes casar con Raúl!

—¿Por qué no, papá?

—¡Porque no y no se hable más!

—Eso no es ninguna razón —acosó el joven.

—Tú a callar y sal ahora mismo de esta casa. ¡Ya te dije una vez que no volvieses a poner los pies aquí!

Jadeaba y rehuía la mirada a los dos jóvenes, cuando algo más calmado añadió:

—Ya no me necesitas, muchacho... ¡Has llegado a la cumbre! Estás en lo alto y puedes... puedes elegir a la mujer que apetezcas... ¡Pero a Eva no! ¡No, no!

—¿Por qué se obstina tanto? Como ya no es por falta de dinero, debe ser por orgullo dé clase, ¿no?

—¡Tampoco es por eso, Raúl!

—¿Entonces...?

El silencio prolongado hizo que la muchacha se acercase más y sentándose en el borde del lecho tomó con las suyas las manos del enfermo que descansaban sobre la colcha. Aquel catarro había debilitado al dueño de la casa y quedó perplejo y como anonadado cuando su hija empezó a decir:

—¿No será porque no puedo casarme con mi hermano Raúl, papá?

—¡Eva! ¿Qué... qué estás diciendo, hija?

—¿Por qué no lo confiesa de una vez? —pinchó una vez más Raúl.

—¿Qué es lo que tengo que confesar?

—Que usted es mi padre.

—¡Eso es mentira! Uno de los embustes de tu madre, que te habrá contado que ella y yo... yo...

—Mi madre nada me ha dicho. Es tan terca y tan orgullosa como usted.

—¿Entonces...? ¿De... de dónde habéis sacado los dos esa idea tan descabellada de que yo...?

Se interrumpió al oír que su hija decía:

—Papá, por favor... Hace mucho tiempo que lo sé.

—¿Có... cómo?

—La tarde que la madre de Raúl vino aquí y estábamos con mamá en el gabinete, tú nos mandaste salir. ¿Recuerdas?

—Sí, pero...

—Soledad Cárdenas solo venía a pedirte ayuda para sus hijos. Su hermano Julio había muerto y ya no podría mandarle más dinero. Solo pretendía tu influencia, para que les encontraras algo con qué poder salir de su miseria y tú... ¡Tú le ofreciste unos miles de pesetas!

—¿Cómo sabes todo eso, hija?

—Os estuve escuchando: mamá subió muy digna a su habitación, pero yo me quedé pegada a la puerta.

—Yo... yo no podía admitir que Raúl era también hijo mío. Temí por tu madre y por ti... ¡Temí el escándalo!

—Mi madre nunca le molestó —recordó Raúl—. Ni tan siquiera usted sabía que se había quedado a vivir por aquí.

—¡Habían pasado tantos años!

—Dieciocho exactamente. La edad que yo tenía entonces.

—¿Tú lo sabías, Raúl?

—No. Le repito que mi madre nunca me dijo nada. ¡Ni a nadie! Me enteré por su hija. Me lo escribió a México.

—¿Por qué se lo dijiste. Eva?

—Por favor, papá: yo lo sabía y empecé a mirar a Raúl como a un hermano. Por eso le ayudé cuando le vimos aquella tarde en Madrid y se lanzó a la plaza. Aunque entonces no le dije nada de eso.

—¿Por qué no, si te interesaste por él?

—No sé... Resultaba muy fuerte. Aún no le había tratado mucho. Temí su reacción y que te odiase, papá. Tú también empezaste a ayudarle, aunque por medio de «El Tijeras»...

—Sí, hija. Era un sentimiento que empezó a crecer en mí, aunque no quería confesarlo a nadie. ¡Ni ante la pobre Sole lo quería admitir!

—¡Nos echó de aquí, de sus tierras! —volvió a recordar Raúl.

—¿Qué podía hacer? Tu madre era un constante peligro para mí. Podíais alterar la vida de mi familia y... Solo luego, por tu valentía, por tus triunfos, empecé a sentirme orgulloso de ti y por eso utilicé a «El Tijeras» para que tú, por ti mismo...

—Tranquilízate, papá.

—No lloro por eso, hija. Es que... ¡También ha sido muy duro para mí!

—Lo tenías merecido.

—¡Era horrible! Pensar que os habíais enamorado y que os queríais casar... ¿Por qué ese juego cruel? ¿Por qué no me dijisteis que lo sabíais?

—Le repito que a mí me lo escribió Eva a México; hasta entonces, yo...

—Pero has entrado aquí para pedirme permiso para casaros. ¡Hasta ahora me habéis hecho sufrir!

—Era su castigo. Queríamos obligarle a confesar nuestro parentesco.

—Eso es crueldad, hijo.

—No... Y mejor será no hablar de eso, ¿no le parece?

Los dos se miraban directamente a los ojos cuando el dueño de la casa pidió con un hilo de voz:

—¿No hay rencor en ti, Raúl? ¿Me... me das la mano?

—Se la doy y le diré lo que vamos a hacer... Todo seguirá igual, en el mayor secreto. Serían muchas complicaciones de no hacerlo así... Pero usted escribirá una larga carta a mí madre y le dará toda clase de explicaciones, todos sus motivos, todas sus razones... Quiero que ella, al fin, viva más tranquila, que no se sienta tan despreciada...

—Lo haré, hijo... Pero... ¿Y eso que he leído en la prensa sobre vuestra boda?

Eva se puso a reír con ganas al apuntar:

—Eso no tiene importancia, papá. ¿Cuántas bodas anunciadas no se realizan?

—Y más, entre la hija de un rico aristócrata y un torero —apoyó Raúl.

—No es cosa de risa, hijos. Parece que os divierte.

—Escucha, papá: Raúl va a casarse en México y yo estoy enamorada de Luis Miguel.

—¿De Luis Miguel? ¿Te refieres al hijo del Marqués de Béjar?

—¡El mismo, papá!

—¡Dios santo! ¡Otro disgusto! Pero si es un vago... No... no hace más que gastar la fortuna de sus padres.

—Eso me gusta, papá... Y cuando la termine... ¡Los dos despilfarraremos tu dinero!

—No lo consentirás. Raúl... ¡Es tu hermana!

Los tres se pusieron a reír, agitando severamente su índice. Raúl Sánchez Cárdenas se puso a decir:

—Voy a darle un consejo, padre... Deje de regir las vidas ajenas, por favor. Eva ya es mayorcita y en lo tocante a mí, que quede bien claro que no tiene ninguna potestad.

—¿Ni tan siquiera podré pedirte que lidies mis toros?

—Eso sí... ¡Y les cortaré las orejas y los rabos a todos!

—Será un honor para mí ganadería, «Maravillas».

La vida sí que era una maravilla...

Sobre todo cuando los hombres saben determinar las circunstancias, como venía haciendo Raúl Sánchez Cárdenas...

F I N

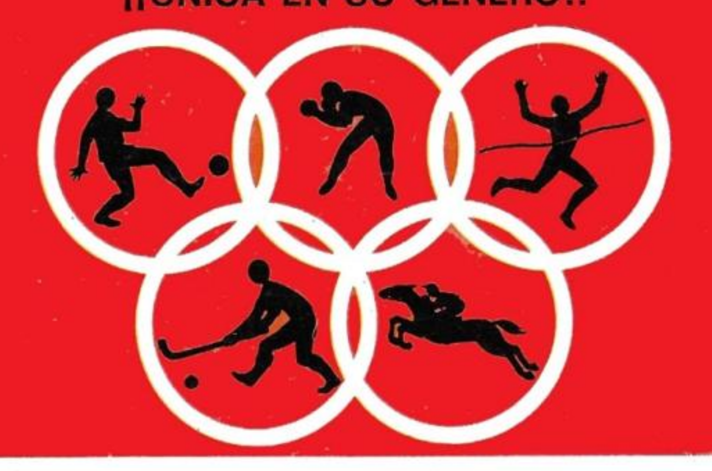
COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es
IDEALISMO Y NOBLEZA
pero también
SANGRE Y CORRUPCION
Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España